



Don Plinio

Vol. IV - Nº 39 Julio de 2021



*Bondad, fortaleza,
admiración*

Contemplación unida a la penitencia



Después de arrepentirse, Santa María Magdalena pasó a representar claramente dos virtudes unidas: la contemplación y la penitencia.

Ella representó la contemplación, distinguiéndose de su hermana, en el famoso episodio en que Nuestro Señor dijo a Marta: “María escogió la parte mejor, que no le será quitada” (Lc 10, 42). Entonces, ella pasó a representar la contemplación pura, no tanto unida a la vida activa, sino en cuanto estado enteramente contemplativo.

Al mismo tiempo, por su arrepentimiento enorme y su fidelidad al pie de la Cruz, y por el hecho de haber sido la primera que supo de la Resurrección de Nuestro Señor, ella no representó apenas la contemplación, sino la penitencia en su gloria, en estado de mayor perdón, de la mayor intimidad con el Divino Maestro. A tal punto que, con el ejemplo de su vida y de otros Santos, algunos teólogos pretendieron afirmar que el estado de penitencia – una penitencia seria, profunda – es aún más bonito que el de inocencia.

(Extraído de conferencia de 22/04/1965)

Sumario

Vol. IV - No. 39 Julio de 2021



*Bondad, fortaleza,
admiración*

Dr. Plinio en
el año 1983.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de
exposiciones verbales del Dr. Plinio
— designadas como “conferencias” —
son adaptadas al lenguaje escrito,
sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Carlos Augusto G. Picanço
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición
brasileña y editada en
Colombia por PRODENAL
con las debidas autorizaciones
de la Editora Retornarei Ltda.
de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de
números anteriores, ir a:
[http://caballerosdelavirgen.org/articulo/
revista-dr-plinio](http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio)

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

EDITORIAL

- 4 *Verdades disminuidas y
virtudes menguadas*

PIEDAD PLINIANA

- 5 *No permitáis que me separe de Vos*



DOÑA LUCILIA

- 6 *La acción de presencia de Doña Lucilia*



REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

- 11 *Caudalosa lava de un volcán
diseminada sobre la humanidad*



GESTA MARIAL DE UN VARÓN CATÓLICO

- 16 *Discerniendo y asimilando la
cultura alemana*



SANTORAL

- 24 *Santos de Julio*



HAGIOGRAFÍA

- 26 *Intrépido caballero de Cristo*



LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

- 31 *Admiración: isuprema alegría!*



ÚLTIMA PÁGINA

- 36 *Una mirada que puede salvarnos*

Verdades disminuidas y virtudes menguadas

Olvidándose de que el catolicismo es la única escuela del perfecto y completo heroísmo, que sobrenaturaliza y santifica la personalidad entera del individuo e implica en una inmolación total de sí mismo teniendo en vista una finalidad superior, muchos católicos llegaron a tener una visión disminuida de las verdades de su propia Religión, verdades que, en lugar de ser tenidas por sus venturosos adeptos como un medio de triunfo espiritual sobre el pecado, la concupiscencia y el error, pesan duramente como si fuesen onerosas cadenas de cautiverio moral, dolorosos instrumentos de suplicio, cuyo portador hace todo por atenuar su peso y apocar su volumen, disminuyendo así ese peso que, entretanto, lejos de ser un fardo cruel y un estigma de esclavitud, es en realidad un salvavidas sin cuyo auxilio el hombre no subsiste en la vida espiritual.

Ocupa lugar de destaque en esta triste galería de verdades disminuidas, de virtudes apocadas, de sofismas interiores más o menos conscientes y cobardes, la noción que habitualmente se tiene de “bondad”.

Según la opinión corriente ¿qué es una persona buena? La moral, para la gran mayoría de nuestros contemporáneos, varía poco más o menos completamente según la situación de cada uno y, no raras veces, lo que en una señora sería tenido como imperativo precepto de moral, en un muchacho parecerá ridículo y despreciable defecto.

La bondad, pues, según esos censurables conceptos, varía conforme al sexo y a la edad. No hay, tal vez, expresión de que tan frecuentemente se abuse cuanto la de “buen chico”. Verificándose a qué serie incontable de individuos es dada, haciéndose el levantamiento de los defectos que un chico puede tener – sin por eso dejar de ser “bueno” según la opinión corriente – se constata que, desde que él no haya matado, herido o golpeado gravemente a alguien, desde que no haya robado causando daños, es calificado de bueno. Ese chico puede desperdiciar criminalmente su juventud arrastrándola por los más miserables antros de la ciudad, tener los vicios más lamentables, practicar las más censurables insensateces en el terreno sentimental, como, por ejemplo, alimentar esperanzas y provocar decepciones movido apenas por vanidad y por capricho, todo eso será considerado muy gracioso, típico de un joven que no quiera pasar por totalmente aburrido...

Evidentemente, según esas abominables reglas de moral, hay restricciones a establecer. Un joven que contraiga imprudentemente un noviazgo con la intención de nunca cumplir su promesa de casamiento, hará una cosa muy divertida. Pero si la víctima de la aventura, envés de ser una persona ajena a los adeptos de esa singular moral, fuera una hija, hermana o pariente, todo eso pasará a ser calificado infaliblemente de genuina malicia. Un joven que, a título de “travesura”, arme un “lío”, hará algo de muy divertido; pero si durante el “lío” hiriese a alguien gravemente, y por eso pase a ser buscado por la policía, dejará de ser tenido como un “buen muchacho” para ser un “individuo que hasta tiene antecedentes policiales”. En síntesis, todo eso revierte en una adoración del éxito: todo aquello que no tuvo mal éxito será disculpable, por peor que sea; todo lo que no hiera los intereses personales es jocoso e interesante; todo lo que los hiera, será censurable y digno de condenación.

Un hombre sube al altar, jura mantener fidelidad plena a su esposa, pero después rompe el compromiso asumido, por un ato absolutamente libre de su voluntad... contra ese hombre solo existe la reprobación de los parientes de su esposa, a los cuales les parece muy natural que otros hagan lo mismo con personas que les son, asimismo, perfectamente extrañas.

Se ve como la moral mundana es completamente vana, representa apenas la sobrevivencia de algunos vagos principios de la moral católica.*

* Cf Bondade, en O Legionário, n° 463, 27/7/1941.



DECLARACIÓN: Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.



Nuestra Señora del Amparo
Iglesia y Monasterio de Santa
Clara, Quito, Ecuador

No permitáis que me separe de Vos

Madre mía, yo sé que soy tal que, si fuese sólo por mí, acabaría separándome de Vos. Pero sé que sois tan insondablemente buena y poderosa que podéis impedir que me separe de Vos. Entonces, mi confianza en ser fiel resulta, Madre mía, esencialmente de esto: No permitáis jamás que me separe de Vos.

Tengo certeza de que, como nunca se ha oído decir que habiendo alguien recurrido a vuestra protección e implorado vuestro auxilio, fuese desamparado, esta súplica mía tampoco dejará de ser oída.

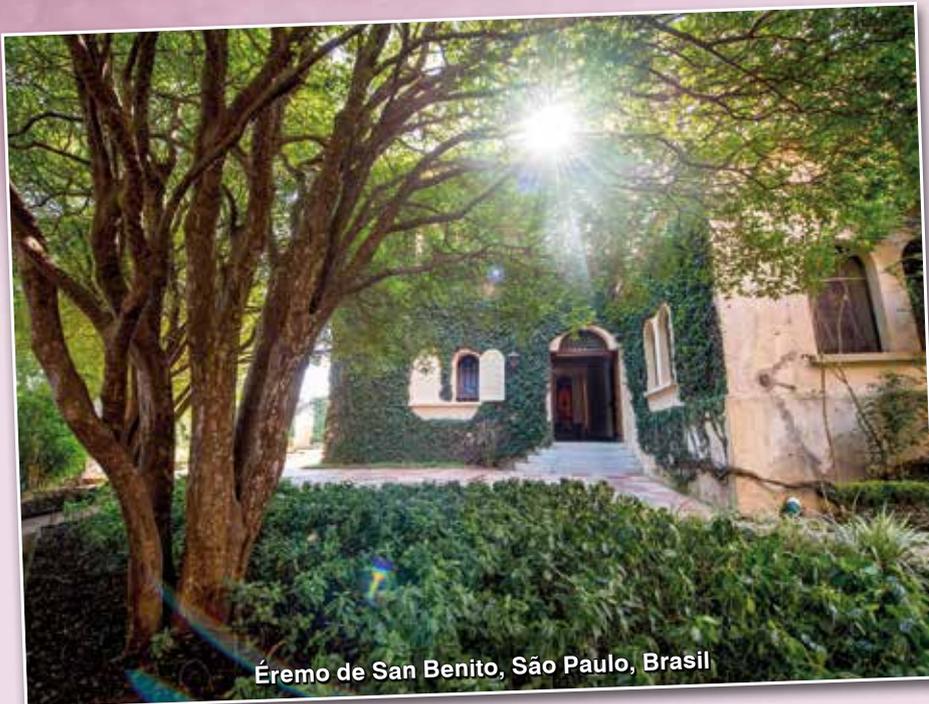
(Compuesta el 12/6/1971)



La acción de presencia de Doña Lucilia

La acción de presencia de Doña Lucilia no era invasora y conquistadora, sino muy suave. El Dr. Plinio sentía mucho su presencia en el apartamento en que ella residió durante largo tiempo, en la Rua Alagoas. Cuando él iba a su sala de trabajo y se sentaba en una silla mecedora que ella acostumbraba a usar, tenía la sensación de estar en sus brazos, tal como en su infancia.

Archivo Revista



Éremito de San Benito, São Paulo, Brasil

Una de las cosas más difíciles de explicitar es la acción de presencia. Hay en el orden puesto por Dios mil acciones de presencia. Por ejemplo, el edificio antiguo del Éremito de San Benito¹. Dadas las ideas que yo tenía con respecto a San Benito de Nursia, Patriarca de los monjes de Occidente, cuando transpuse los umbrales de ese predio por primera vez, tuve una impresión singular, toda ella personal y pensé lo siguiente: “¡Esa es la casa de San Benito! Solo falta encontrarlo en cualquier rincón.”

Ejemplo de una acción de presencia

Esa es la misma impresión que tengo hasta ahora. No hay una sola vez en

J.P.Ramos

que yo entre allí y no sienta una verdadera delicia, un verdadero regalo para mi alma. Mi antigua admiración por el espíritu benedictino comenzó cuando, siendo niño aún, oí tocar las campanas del Monasterio de San Benito, la famosa Cantabona; seria, grave, resoluta, indomable y armoniosa. Esa impresión perdura en mí.

Cuando oí la Cantabona por primera vez, me vino la siguiente idea – no con la precisión que estoy diciendo ahora, sino implícitamente –: ciertas almas tienen internamente un timbre como el de las campanas. Me acuerdo de incluso haber leído un libro de poesía, muy de segunda clase pues estaba enfermo y no tenía nada mejor para hojear; no eran poesías inmorales, sino algo pseudo-literario. De repente, encontré una frase que decía solo esto:

“Campana, corazón de la Iglesia; corazón, campana de uno. Una siente cuando toca, otra toca cuando siente.”

Ese poeta débil cogió bien esa analogía. Todo hombre tiene interiormente una campana. Y yo me preguntaba cómo sería el alma de aquel del cual se podría decir que la campana del Monasterio de San Benito era como su corazón. Naturalmente, la respuesta es: ¡San Benito!

Además, todo lo que leí sobre San Benito – no fue mucho –, cuanto asimilé con respecto a la Orden Benedictina, frecuentando el antiguo Monasterio de San Benito, me daba la impresión de algo semejante al toque de la Cantabona.

Algo que se levantó en Nursia, pasó también a través de Cluny por glorias increíbles y por humillaciones inenarrables. Después, la decadencia de la Orden Benedictina en el *Ancien Régime* no tiene palabras. En el siglo XIX, Dom Guéranger realza la Orden Benedictina, pero ya los benedictinos que conocí en Francia, posteriormente, cuán inferiores eran a Dom Guéranger... De repente, encuentro en San Pablo esa afirmación. Eso es acción de

presencia. ¿Cómo se ejerce? Es una gracia. Sin embargo, cómo se hace presente esa gracia, cómo se hace sentir, no sabemos.

Hay cosas que fueron hechas para quedar implícitas

Ahora bien, si un predio puede tener una acción de presencia, *a fortiori* los seres humanos. Porque, ya sea en el orden de la naturaleza y, sobre todo, en el orden de la gracia, la presencia de un ser huma-



El Dr. Plinio llegando al Éremo de San Benito, en 1980

no es incomparablemente mayor que la de un predio. La gracia puede estar presente en un predio como un jarrón con flores. Es una cosa extrínseca al predio que alguien pone allí y suaviza, adorna el ambiente. Otra cosa enteramente diferente es el modo por el cual la gracia habita en el alma. Para usar una comparación, claudicante como todas las comparaciones, tiene algo de un injerto que pasa a vivir una vida nueva en el alma y le da un élan



nuevo que el alma no tenía. Pero acaban conviviendo en el sentido más íntimo de la palabra, la persona pasa a tener las dos vidas, la natural y la sobrenatural de la gracia, formando un solo existir y un solo ser.

En esas condiciones, es claro que un Fundador puede hacer sensible la presencia de los ideales de su fundación, y la Providencia tiene designios especiales con

este o aquel hombre. Esta es la acción de presencia. Sin embargo, ¿cómo explicitarla? ¿Cómo describir lo indescriptible? Digo incluso más: si hubiese alguien capaz de decir completamente lo que es ese género de cosas muy imponderables, empobrecería el tema, porque son cosas hechas para ser vistas en el imponderable. El lenguaje explícito tiene un valor muy grande, pero hay cosas que fueron hechas para que queden implícitas. Y explicitar ciertas



cosas implícitas sería lo mismo que encender dentro de una catedral un farol enorme que hiciese todo clarísimo. Una catedral pide penumbras.

Hace poco vi un vitral y me pareció muy bonito. Pero no tendría esa impresión si no hubiese penumbra en el ambiente. En nuestras almas hay, así, no sombras sino penumbras, y estas hacen parte de la convivencia. Es hasta donde yo sé ir en este tema. La orilla del gran mar de la acción de presencia es esta. Más allá de eso están las olas indecisas.

Exenta de superficialidad de alma

Yo pensaba en mi madre mientras hacía estos comentarios. Ella, llamada para aquel ambiente de la vida privada en la cual vivió su larga existencia, no tenía acciones de presencia invasoras ni conquistadoras. Poseía, por el contrario, una acción de presencia muy suave de quien ligeramente dice esto: “Si quieres entrar en esta presencia, hay algo para ti. Si

no quieres, pasa que yo no te detengo, ni te pido, ni te reclamo nada, te miro con benevolencia y rezo por ti. Puedes pasar...” Nada más.

Sería necesario que una persona saliese de cierto estado de alma por donde se podía verla como a una señora cualquiera, porque quien quisiese hacer eso, sería perfectamente fácil, no habiendo de parte de ella un gesto, ni una idea de imponerse.

Para mí, como yo la sentí, era una presencia al mismo tiempo riquísima de expresión en el primer contacto, pero proporcionaba otras impresiones más profundas, más elevadas, más ricas a medida que se iba caminando hacia adelante de un modo insondable, en que la misma impresión originaria se acentuaba. Pero acentuándose, revelaba bellezas nuevas y, revelando bellezas nuevas, iba atrayendo y enseñando más.

Era naturalmente una presencia muy variada y siempre muy expresiva para quien quisiese prestar atención. Había una cosa que ella no tenía: superficialidad de alma. Ella no tenía el

estado de espíritu por el cual se ve todo por las ramas; nunca la vi en una situación de esas. Si hubiese sucedido, mi amor a ella decrecería un tanto. Y si fuese crecientemente, empalidecía.

Discreción, respeto, consideración y humildad

Cuando ella era más joven, hacía pasteles y dulces, uno de ellos llamado *pavé*, con galletas y chocolates. Es un dulce agradable, aunque corriente. Sin embargo, era un pastel super adornado, recubierto de azúcar, con unos dulces color plata, unas

guirnaldas formando un dibujo, desconfío que para cada cumpleaños ella componía un nuevo trazado.

Habiendo quedado anciana, de repente el pastel desapareció. Yo fingí que no había notado. Vi que las fuerzas no daban más y ella misma lo quería hacer, no dejaba a la empleada.

Me acuerdo de ella en la despensa de nuestra casa, en la cual hay una especie de pequeños armarios, donde preparaba el pastel. Creo que no lo colocaba en el horno, pero ella misma hacía la masa. Se quedaba allí de pie, preparándolo, industriosa, más para acá, más para allá, arregla por aquí...

Ella estaba con cataratas avanzadas y se notaba que tenía cierta dificultad para ver, pero amasaba por aquí, amasaba por allá, con empeño. Era su *pavé* ideal.

Yo miraba de reojo, para dejarla enteramente a gusto. Después me quedaba trabajando, rezando o haciendo alguna cosa, pero contemplando su vivir. Generalmente eso salía casi a última hora y ella siempre estaba un poco apresurada. Por sufrir del hígado, necesitaba descansar en cierta posición. Entonces se iba a su cuarto con unos pasitos pequeños, rápidos, a fin de tener un gran reposo. Después se vestía, se arreglaba, iban llegando las primeras personas de la familia, algún amigo, y comenzaba la fiesta de cumpleaños. Cuando llegaba el momento de pasar a la sala de visitas, ella estaba conversando. Ahí yo prestaba atención en la preocupación de ella – ultradisfrazada – en el momento en que entrasen los dulces, por ver si yo comía bastante del que ella había hecho. Si yo comía mucho era porque el dulce estaba bien hecho. Si comiese poco, ella había fracasado... El dulce siempre estaba bien hecho.

Pero ella me conocía tan, tan bien, que yo nunca hice esa jugada – que a alguien le parecería acertada – de comer más de lo que quería para agradecerla, porque ella sabía perfectamente si me estaba gustando o no el dulce.

Archivo Revista



Doña Lucilia con su bisnieto

Comía tanto cuanto quería, pero yo veía que ella miraba un poco de reajo el dulce para ver si, ya cortado, estaba con el aspecto que ella quería; después veía de reajo mis ojos para ver qué me estaba pareciendo.

Y si yo no dijese nada, ella tampoco decía nada. Era, por lo tanto, una especie de discreción y respeto por el otro, aunque fuese hijo, consideración y humildad. Después que prestaba su servicio ella se retraía, no pedía y no imponía nada más, ella había atendido.

Saudades y esperanza de reencontrarla

Ahora bien, lo que estoy diciendo aquí no es nada. La profundidad, la forma de dulzura que había en mi madre, y algo por donde ella, en el fondo, reportaba eso a Dios, es algo que debería haber sido visto. Quien ve el *Quadrinho*² tiene una idea. Era así el día entero, bajo las más variadas formas, constituyendo un tipo de acción de presencia inenarrable, que aún permanece en la que era su casa.

Por las escrituras públicas, yo soy dueño del inmueble, pero para mí aquella es la casa de Doña Lucilia y yo me complazco en que sea su casa. Para mí el *charme* de esa casa es que era la casa de Doña Lucilia y me da la impresión de que ella está presente allá. De qué forma, tampoco lo sé. Pero cuando se atiende el teléfono: “¡Casa del Dr. Plinio Corrêa de Oliveira!”, a mí me darían ganas de rectificar y decir: “¡No! Casa de Doña



El Dr. Plinio en el comedor de su apartamento, en 1935

Lucilia Corrêa de Oliveira, porque es la casa de ella.”

Mi madre viajó raras veces y salía poco a la calle. Cuando era más joven, naturalmente salía un poco más, como todo el mundo. En las raras veces en que viajaba, yo aún vivía en casa de mi abuela. Era una de esas casas patriarcales con mucha gente viviendo. Cuando ella viajaba, me daba la impresión de que la casa entera se quedaba vacía y de que nada era nada. Podía haber gente, podía no haber gente: si mi madre no estaba, la casa estaba vacía.

Por el contrario, cuando fuimos a vivir en el apartamento de la *Rua Alagoas* – solo ella, yo y mi padre, pero él viajaba mucho por negocios y, por lo tanto, durante la mayor parte del tiem-

po estábamos apenas nosotros dos –, y yo viajaba dejándola sola, me daba la impresión de que lo mejor de mí mismo había quedado en casa rezando, y de que era mi parte más banal la que había salido. De manera que, cuando volvía a casa, yo tenía la impresión de que me encontraba con lo mejor de mí mismo y algo más, que era la casa habitada por ella.

Es lo que aún siento cuando vuelvo a casa. Voy a cenar, rezo las oraciones que mi madre rezaba y siempre me acuerdo del lugar donde ella se quedaba durante la cena, en la cabecera de la mesa. En el almuerzo ella se sentaba frente a una ventana que da hacia la Plaza Buenos Aires, para ver la vegetación. Entonces no era la cabecera, sino un lado de

la mesa. No obstante, para hacer su deseo, yo concordaba enteramente.

Siempre que me siento junto a la mesa, me acuerdo de ella, de cómo ella pondría el brazo... Pero con esta circunstancia: tengo aún la impresión de que ella está presente y de que yo me encuentro, de algún modo, con lo mejor de mí mismo cuando estoy en su casa. A tal punto que siento más su presencia en casa que junto a su sepultura. Y siento su presencia intensamente en el cuarto en que mi madre dormía, y también en el resto de la residencia, porque ella habitaba tan densa y tan ricamente la casa.

Inclusive en mi sala de trabajo. Cuando me siento en una silla medecedora en la cual mi madre acostum-



braba a sentarse, tengo la sensación de que era como cuando yo era niño: ella me ponía en sus brazos. Y así son mis saudades, mi admiración y mi esperanza de reencontrarla.

Un rayo de luz lila y plata

El otro día pasé por la *Rua Vieira de Carvalho*³, donde vivimos durante algunos años, en el quinto piso de un edificio. Nuestra sede ocupaba el séptimo y el octavo piso, y todas las noches yo iba con miembros de nuestro Movimiento a un restaurante llamado Fasano. No sé de qué manera ella, que no oía bien, intuía más o menos cuando bajábamos para ir al restaurante.

Después de comer, nos quedábamos aún conversando durante algún tiempo en el andén. Al salir del restaurante, yo volvía naturalmente mis ojos hacia el predio del frente. Evidentemente miraba hacia el quinto piso, que tenía una ventana cuadrículada, y la veía siempre en la misma cuadrícula, exactamente como está en el *Quadrinho*, mirando. Y todo

el tiempo que nos quedábamos ahí afuera, a veces era mucho, yo veía aquella cabecita mirando. Por su discreción, no hacía ninguna señal, pero estaba profundamente entretenida. Cuando nos despedíamos, ella percibía que yo iba a atravesar la calle y a subir.

Entonces, ella no iba a abrir la puerta, sino que se quedaba por ahí rezando – la imagen del Corazón de Jesús estaba cerca de la ventana –, yo abría la puerta, entraba e iba a hablar con ella. Mi madre, a veces, hacía algún comentario: “Cómo ese o aquel te retuvo largamente...”, pero sin mal humor. “A cierta altura me llevé un susto, porque pasó un automóvil y casi coge a uno de Uds...” Eran cosas así.

El *Quadrinho* me da la impresión exacta de aquella a quien yo veía en la ventana. Era aquel rayo de luz lila y plata que atravesaba la *Rua Vieira de Carvalho* bien ancha, con unos árboles magníficos pero que no estorbaban el camino, y llegaba hasta mí, yo sorbía eso.

¿Si me fuese dado volver al quinto piso, yo volvería? No sé. ¿No es mejor quedarme con la imagen que tengo en la memoria? Nosotros nos mudamos de residencia, el Fasano cerró, el tránsito se volvió torrencial e inundó aquello. Yo tengo el *Quadrinho* y la Consolación⁴. Más que eso, tengo la esperanza del Cielo. ❖

(Extraído de conferencias del 25/8/1980 y 20/11/1980)

- 1) Del latín: lugar donde viven eremitas. Antiguo Monasterio benedictino localizado en São Paulo, en el barrio *Jardim São Bento*.
- 2) Cuadro a óleo que agradó mucho al Dr. Plinio, pintado por uno de sus discípulos con base en las últimas fotografías de Doña Lucilia. Cf. Revista *Dr. Plinio*, No. 119, p. 6-9.
- 3) Calle situada en el centro antiguo de São Paulo.
- 4) Cementerio de São Paulo donde está enterrado el cuerpo de Doña Lucilia.

Archivo Revista



El Dr. Plinio en su sala de trabajo, en 1986



Aspecto del archipiélago
Fernando de Noronha,
Pernambuco, Brasil

Caudalosa lava de un volcán diseminada sobre la humanidad

La serie de progresos realizados más o menos a partir de la Revolución Francesa, y que aparecieron con una simultaneidad medio sospechosa, dio a ciertos sucesos humanos una velocidad y una artificialidad que deformaron la vida del hombre.

Así, la Revolución y el progreso se unieron, de modo que todas las revoluciones trajeron progresos y todos los progresos trajeron revoluciones.

Pensemos en la isla Fernando de Noronha antes de ser habitada. Por supuesto, una isla relativamente pequeña. Tal vez unos barcos, de paso, habrían parado allí, quedándose algunos días, pero después todo volvería a su orden natural.

Una aparente contradicción

Uno puede imaginar que esa isla tan deshabitada tenga una armo-

nía, un placer, en contraste con la tierra y el alto mar a la manera de una aldea en medio del bosque, en el campo, en la que el ambiente fuera completamente rural; así que también, en la isla, todo el ambiente sería de alta mar. Se entiende que sería muy agradable y que la gente, al pasar por allá se sintiera muy contenta de quedarse ahí durante cierto tiempo, pero no mucho; especialmente si

un número significativo de personas permaneciera durante mucho tiempo, algo se estropearía.

Quien llegue a esa isla cuando esté libre de los efectos de la presencia de los últimos hombres que hayan pasado por ahí, y encuentre su naturaleza en 'estado puro', sentiría un deleite especial y no tendría dificultades en admitir la existencia de un orden puesto con el sello de la sa-



Carro movido a vapor, 1858

biduría y bondad divinas, muy agradable, una naturaleza especialmente privilegiada por Dios, donde se podía apreciar lo que se llama propiamente el orden natural. Por otro lado, si allí se fundase una pequeña aldea, o incluso un pueblo de pescadores con gente viviendo establemente, cualquier cosa se perjudicaría, aunque el panorama no sufriera ningún daño.

De donde se podría eventualmente – acentúo mucho la palabra “eventualmente” – concluir que la presencia del hombre quiebra algo de la atmósfera natural, mientras que, en el panorama deshabitado o habitado por tan pocas personas que la presencia del hombre no tenga suficiente fuerza para imponerse como la nota dominante del ambiente, uno ve en algo el plan de Dios, que se hace menos visible a medida que aumenta el número de personas presentes.

Esto parece una contradicción porque, siendo el hombre el rey de la Creación, sólo se puede admitir que su presencia eleve la naturaleza, haciéndola más agradable, transformando, por ejemplo, todo eso en un jardín y, por lo tanto, ha-

ciendo la naturaleza más encantadora, no sólo con su presencia, sino por su acción, beneficiando el lugar y valorándolo. Así, por ejemplo, la isla Fernando de Noronha ganaría al ser habitada de ese modo por el rey de la Creación.

La presencia del hombre en una isla hipotética

Aquí comienza la necesidad de distinguir. Se puede entender que el hombre, haciendo uso de la inteligencia y de una cierta capacidad para transformar el entorno que Dios le ha dado, de hecho mejore, si no la totalidad de la isla, por lo menos varios de sus aspectos, y que sea beneficioso, que ella quede más agradable, más hermosa. Incluso se puede entender que la presencia del hombre le dé a la isla un cierto *charme*, aunque no sea visible con los ojos de la carne. Digamos, por ejemplo, que haya un bosque, a poca distancia del mar, no el tropical, con esa superabundancia de vegetación donde el individuo no puede poner un pie en el suelo sin aplastar una hoja, o una flor que cayó; y que el hombre, actuando intencionalmente, construya

en ese bosque poco denso un hermoso sendero, con una sinuosidad interesante, llegando a veces hasta una roca desde lo alto de la cual se vea un barranco y, al fondo, el mar, y de esa manera su presencia embellece varios puntos de la isla.

También se puede conjeturar que, siendo hombres de cierto género y estilo, su simple presencia haga agradable el lugar. Ya el sendero construido por el hombre y su serpentear por el lugar le da una cierta gracia: un árbol plantado por él da la idea de cuál es

su intención, cuál es su espíritu, con qué mentalidad estaba allí; puede ser un hombre que incluso ya haya muerto y lo hayan enterrado al pie de un cedro muy hermoso, y que se sepa que allí yace alguien que plantó algunos cedros en la isla. Todo esto va dando a la hipotética isla un *charme* de la presencia del hombre que, por lo tanto, añadió algo positivo a la isla.

Sin embargo, el hecho de que la propia atmósfera de la isla esté impregnada por la benéfica acción de presencia del hombre, trae consigo un contrapeso: él es el rey de la isla, pero está para la concepción ideal de un rey, como una copa quebrada está para una copa que nunca se hubiera quebrado. Porque él es concebido en el pecado original y por lo tanto tiene desequilibrios, a veces quiere cosas en mayor cantidad de lo que debería desear; otras veces afloja y no aprovecha lo que debería aprovechar; en ciertas ocasiones tiene mal gusto y daña algo que hubiera sido mejor no haber tocado. De manera que, al mismo tiempo, se puede admitir una ganancia y un menoscabo de la isla por la presencia del hombre.

Consideraciones relativas a la palabra “progreso”

Cuando Adán y Eva salieron del Paraíso Terrenal, tal vez hubo tristeza en la naturaleza, porque el rey y la reina habían quedado manchados. Los que eran su adorno fundamental fueron degradados, y esta degradación hizo temblar el Paraíso entero. Sin embargo, lo que Adán y Eva hubieran dejado de bello allí, tal vez dé una noción de cómo sería el Paraíso si el hombre hubiera actuado siempre bien, levantando así la idea de una perfección paradisiaca resultante de la presencia del hombre. Que era, además, el plan original de Dios.

Estas consideraciones sirven para definir en los términos adecuados qué es el progreso y el problema que trae, tomando la palabra “progreso” en el sentido de un movimiento ascensional de todo lo que circunda al hombre y por lo tanto también de la naturaleza, continuamente hacia lo mejor, hacia lo más agradable, lo más humano, si se quiere, lo más paradisiaco, pero paraíso concebido en el sentido de buen progreso técnico, humano. Y cómo es más o menos inevitable que el hombre, progresando mucho, obtenga grandes beneficios de la naturaleza, la adorne en algo, pero por otro lado la manche y la desordene, incluso cuando su intención no fuera esa.

Así el progreso, considerado en función de su punto inicial, podría verse no tanto como una mejora del medio ambiente, sino sobre todo como un llamado pa-

ra que el propio hombre mejore, para que él sea cada vez más él mismo, para una plenitud de la naturaleza humana. Y cuando esta se eleve en su conjunto, esto repercutirá en factores mucho más positivos que negativos, de modo que, a pesar de los aspectos negativos, el progreso, de hecho, represente una gran ventaja.

Sin embargo, en esta concepción que estoy presentando, termina poniéndose el siguiente problema: si la mayoría de la gente no vive en estado de gracia, por mucho que el hombre invente, termina haciendo las cosas mal hechas y por tanto perjudiciales. Por ejemplo, ciertos descubrimientos médicos que traen la posibilidad de curar enfermedades y prolongar la vida, pueden constituir innegablemente un progreso. Pero este progreso, sumado a los factores

negativos que aporta – porque está dirigido a favorecer a un hombre que está en pecado y, por lo tanto, un ser deformado – en apariencia trae muy grandes ventajas, pero en realidad arruina. Y cuanto más grande se hace, más pesan los factores negativos.

Pseudo-delicias del progreso

Y debido a esto, se percibe de soslayo que la serie de progresos realizados más o menos desde la Revolución Francesa – como el globo, el vapor, el pararrayos y otras cosas como esas – y que aparecieron en una especie de simultaneidad medio sospechosa, inyectaron a ciertas actividades humanas una velocidad y una artificialidad que deformaron la vida del hombre.

Así, la revolución y el progreso se unieron, de modo que todas las revoluciones trajeron progreso y todo el progreso trajo revoluciones. Por eso se habla de Revolución Industrial; es la adaptación del ambiente a la Revolución y la adaptación de la Revolución al medio ambiente, formando un todo. Eso es la Revolución Industrial.

La ciudad de São Paulo pasó de ser la “São Paulinho” predominantemente agrícola a una ciudad adherida a la Revolución Industrial, y que estaba para ésta como una oveja sobre la que aterriza un águila: atrapa la oveja por su lana con sus garras, la levanta y vuela alto con ella. La oveja ve cosas que nunca había visto, pero no pasa un instante sin que su corazón pulse demasiado rá-





Guilherme Gaensly (CC3.0)



Avenida Paulista en 1902



Aspecto de la ciudad de São Paulo en 2012

Mathieu Lebreton (CC3.0)

pido, porque es llevada a alturas que no son para ella.

Me parece que, por no ver las cosas con esta variedad de aspectos, la gente se hunde en la valoración del progreso, poniéndose el siguiente problema, sin encontrar la solución: ¿El progreso es un bien o un mal absolutamente hablado? Y se debe responder que es un gran bien, pero que trae males mayores que éste bien.

Entonces vemos una ciudad dominada por un ambiente agrícola donde el progreso va destruyendo muchas cosas de la naturaleza con las que es incompatible, y construyendo una serie de pseudo-delicias en las que el hombre piensa zambullirse con alegría, pero en las que de hecho está perdiendo.

El falso progreso

Hay, por lo tanto, un falso progreso hijo del hombre pecador, consecuencia del pecado que entró en el hombre; del pecado original, pero también de los pecados actuales que los hombres van acumulando y que se multiplican por sí mismos, independientemente de la acción del hombre, cuando el progreso es el fruto del pecado.

Por ejemplo, en el *Bois de Boulogne* en París, hay una isla artificial urbana, en un brazo del Sena que corre por allí, en la que hay un pabellón con un salón de fiestas y dos o tres pequeñas salas para diversos fines, con una plantación de árboles y cosas así muy plácidas, propias del panorama y la belleza parisina, pero que en el fondo, examinando, se

percibe que es propiamente un lugar delicioso, y que sin embargo tiene esta peculiaridad: cuando se sale de esa isla y se entra en tierra firme, uno se da cuenta de todo lo que la tierra firme debe tener y no tiene. La isla es una especie de errata de la tierra firme. Cuando el individuo deja la isla, sale desadaptado de tal manera, que se llena de deseos de una tierra paradisíaca que no tendrá, y toda su vida queda medio vacilante debido a esto.

Es, por lo tanto, una cosa revolucionaria que da la idea de una utopía realizada. La utopía es un deseo de felicidad que posee una cierta disonancia con el hombre concebido en el pecado original.

Un gran número de cosas del progreso corresponden más o menos a eso. Por ejemplo, el metro que puede pasar por debajo de una casa y que, de vez en cuando, estando en el salón más lujoso, la gente siente un poco de vibración por todo el salón, y se observa que un cuadro que representa a la bisabuela se movió un poco y quedó torcido. Al final del día, el metro ha pasado doce veces por allí, y hay que poner todo en orden. Allí pasó el progreso, y con él la perturbación.



Bois de Boulogne en 1852

NYPL (CC3.0)

¿Eso es progreso? Apesta, hace trepidar las cosas, da una velocidad en la que se necesita toda una adaptación para tener un control psicológico de lo que está pasando y no sentirse arrastrado locamente hacia las entrañas de la tierra, que no son un lugar habitable. Él está, por ejemplo, en *Itaquera*¹, coge el metro y diez minutos más tarde llega al *Largo da Sé*. Es una velocidad vertiginosa, el hombre percibe lo que hay de contrario a su naturaleza recorrer tan rápido una distancia tan grande.

El resultado es que cuando llega al otro extremo, él está, por un lado, completamente tranquilo y en orden, porque lo convencieron de que espantarse por eso es propio de un campesino. Entonces hace un acto de ascesis y se queda quieto, para no pasar por campesino. Pero, por otro lado, todo su interior se aterriza. Y su naturaleza se espanta con cien cosas como esas, que lo acosan a todo momento y le vociferan: “¡No te sorprendas! ¡No protestes! ¡Mira, es genial!”

Corolarios de la Revolución Industrial

Cuando era joven, experimenté la siguiente sensación: Había en São Paulo un bar suizo muy bueno, donde se servían alimentos importados de primera categoría. Por la noche, después de asistir a un cine cuya trama transcurría en Francia, yo llegaba allá y comía. Luego me iba a casa, me acostaba, leía la historia de Nicolás II, cayendo en el pasaje que narra la masacre de la familia real en Ekaterimburgo. Finalmente me dormía. Era una superposición de impresiones fruto del progreso que me había traído de varios lugares de Europa diferentes delicias, que yo

tomé con diferente avidez. Y al final la masacre de Ekaterimburgo. En suma, la combinación de todo esto es el fruto del progreso.

Pero yo mismo sentía que había algo de artificial, con velocidades anormales, con frutos demasiado sorprendentes. El hombre no fue hecho para vivir en lo sorprendente, él pide las tranquilidades distendidas y calmadas de lo simpático, de lo afable, de lo acogedor más que de lo sorprendente. Este, se puede querer a veces, pero no se debe vivir en medio de lo sorprendente.

En esa época, se construyó el rascacielos Martinelli, que llegó a ser el orgullo de los paulistas. También se comenzó a construir el aeropuerto de Congonhas. Entonces, en pocos años los aviones llegaban a São Paulo, presagiando la pasión de tomar un avión y en una hora estar en Río de Janeiro. Era lo maravilloso, lo deslumbrante, lo extraordinario combinado con lo horrible, creando una situación que, en su conjunto, es un *bluff* fantástico. Todo esto provocado por el diablo

y sus agentes, haciendo que cada vez más lo útil aparezca triunfando sobre lo bello. El espíritu práctico, en el fondo, era la glorificación de la fealdad. Por lo tanto, todo se fue volviendo cada vez más horrible y más delicioso, pero lo delicioso languideciendo poco a poco, y lo horrible apoderándose de la vida.

La estandarización, la trivialización, la masificación son corolarios de esta Revolución Industrial, en las que doctrinas equivocadas de naturaleza filosófica, junto con malas tendencias de carácter, “Revolución A” tendencial y “Revolución B” sofisticada, van haciendo un revuelto, que sería como una lava heterogénea y caudalosa de un volcán que comienza a diseminar toda esa porquería sobre la humanidad. Esta es una definición de la Revolución Industrial. ❖

(Extraído de conferencia de 5/22/1993)

1) Barrio de la región este de São Paulo.



Dr. Plínio en 1993



Discerniendo y asimilando la cultura alemana

Aunque la cultura alemana haya ejercido una importante influencia en la formación de la mentalidad del Dr. Plinio, él supo analizarla con cuidado, discerniendo los aspectos buenos y malos, de manera a asimilar lo que correspondía al espíritu católico y rechazar todo cuanto a éste se oponía.

La *Fräulein* Mathilde entró en mi casa porque mamá, siendo muy enferma, principalmente en las primeras décadas de mi existencia, no tenía condiciones para educar a mi hermana y a mí. La *Fräulein* fue contratada en París y, para ese fin, traída de Alemania para acá.

Elaborando remotamente el tema “Ambientes, Costumbres, Civilizaciones”

Doña Lucilia, siempre con recursos pecuniarios moderados, decía: “En un punto no haré economía: es en la educación de mis hijos. Ellos tendrán lo que fuere preciso.”

Realmente, no puedo imaginar una persona más competente, más inte-



Fräulein [Institutriz]
Mathilde Heldman

ligente y más capaz de influenciar a sus alumnos que la *Fräulein* Mathilde. ¡Ella fue excelente!

Poseía una característica de los alemanes: mucho gusto en aconsejar. El tiempo entero estaba pensando, elucubrando y dando consejos. Y con un sentido de adaptación ponderable, ella, que educaba en casa a tres niños – mi hermana, una primita que moraba con nosotros y yo –, adaptaba eso al modo brasileño y parece haber aprendido instintivamente que para afirmar su influencia era preciso contar cuentos.

Entonces, para justificar sus consejos y la orientación que tenía empeño en darnos, narraba historias relacionadas con su vida en Baviera. Ella era de

una ciudad que tuvo importancia histórica, y, del punto de vista artístico, muy recomendable: Regensburg, Regen quiere decir lluvia. Regensburg, ciudad de las lluvias.

Contaba también cuentos del tiempo en que ella fue gobernanta en otras casas. Durante algún tiempo estuvo en Uruguay, donde trabajó en casa de unos ingleses muy ricos que tenían negocios en ese país. Después, en la familia de dos niñas de la aristocracia inglesa, llamadas Glads y Monona. Si conversara un poco con mi hermana, todavía me acuerdo de un montón de casos de la Glads y de la Monona.

Posteriormente estuvo en una familia de la nobleza francesa llamada Daubigné. Y la *Fräulein* insistía mucho: “No es Daubigni, es Daubigné. Un día entenderán el porqué. Ahora son muy niños para saber.” Y yo tomaba aquello y decía: “Mira, ies Daubigné y no Daubigni!”

Mucho más tarde supe. La *Fräulein* ya se había perdido en los nimbos de la Historia. Daubigné es la familia de la Marquesa de Maintenon, segunda esposa de Luis XIV. Daubigni es una familia de la mediana nobleza. Y las niñas educadas por la *Fräulein* eran Daubigné.

Después educó a unas niñas polacas. ¡Recorrió el mundo! Entonces, contaba cuentos de todo eso.

Por modo de ser, temperamento, inclinación, desde que yo me acuer-



Plinio, Ilka y Rosée en el Jardín de la Luz

do de mí mismo, siempre fui enormemente propenso a prestar atención en psicologías y ambientes. De manera que ella me contaba todo aquello y yo prestaba una atención enorme en cómo eran las personas, y después qué ambiente aquello constituía y en qué aquellos varios ambientes eran parecidos o diferentes del ambiente en que yo vivía. Y así, desde pequeño, por las diferencias de ambientes sobre los cuales ella hablaba, yo iba pre-elaborando remotamente el tema “Ambientes, Costumbres, Civilizaciones”.

Como una estrella, Francia asiste a lo que sucede en la Tierra

Naturalmente, la carga más fuerte que ella traía era alemana. No decía

ros, hice un análisis propio de la Alemania que, desde el tiempo de niño hasta hoy, fue siendo ampliada, completada pero no desmentida.

A partir de los prismas alemanes que la *Fräulein* ponía, fui haciendo un análisis del Brasil. Y las cosas se fueron encontrando. De manera que, si no fuese en función de determinados defectos de los alemanes, yo nunca habría descubierto ciertas cualidades del Brasil, que nosotros mismos brasileños no apreciamos tanto cuanto debemos. Mas, por otro lado, si no fuese en función de ciertos defectos del Brasil, yo nunca habría visto tan bien ciertas cualidades de Alemania. Es decir, esto se entrecruzó y yo podría aún desdoblarse estos entrecruzamientos si no fuese dar a la materia un tamaño que no merece.



GESTA MARIAL DE UN VARÓN CATÓLICO

Se formaron así dos puntos de comparación, arriba de los cuales, intacta, estaba la admiración por Francia, que yo apenas de soslayo comparaba un poco con Alemania y con Brasil, mas era como un astro. En la Tierra se puede discutir, se puede luchar, pero la estrella asiste desde arriba.

Para tener bien en vista el análisis de Alemania y más tarde el de Brasil, es preciso tomar en consideración lo siguiente: en nuestro lenguaje corriente, llamamos permisivismo la actitud de temperamento, de espíritu y la convicción moral – por tanto, filosófica, porque la Moral es una parte de la Filosofía – de que se debe dejar a las personas hacer todo. No se debe trazar ninguna regla. Ellas hacen aquello que quieren. En el campo científico, el permisivismo tiene un nombre: freudismo. En el campo moral, otro nombre: liberalismo, o, si se quiere, anarquismo. Ya pasamos del campo moral para el campo político, la ausencia de toda ley, de toda regla es la característica del permisivismo.

El hombre de buen corazón

Sin embargo, una pregunta que se me podría hacer es si el permisivismo saltó dentro de la realidad como un muñeco de resorte puede saltar del interior de una caja, o si él mismo fue engendrado, preparado anteriormente.

Aquí tenemos dos polos. Alemania es un país entregado al permisivismo. El Brasil va, en materia de permisivismo, como vemos. ¿Cuál fue el origen del permisivismo, en Alemania y en Brasil? ¿Por qué caminos llegaron al mismo punto?

El permisivismo en el Brasil tuvo por origen, por “madre”, a la bondad. Yo sé que la afirmación choca, pero es así. “¡Pobrecito! Es preciso tener bondad, imisericordia! ¡Ah, al final deje pasar! No se incomode. Este es el espíritu cristiano: deje todo ir hacia donde quiera, en nombre del buen corazón.”

El hombre de buen corazón era aquel que permitía todo. No en nombre del principio de que todo debe ser permitido, pues éste es un principio nuevo. En aquel tiempo, se decía que nada debe ser castigado. Tal principio regía, por ejemplo, cuando se afirmaba que no se debe robar, o comer tomando directamente con los dedos el alimento. ¿Pero si alguno robó? ¡Pobrecito! Sabrá uno qué necesidad tuvo para robar... Deje pasar. Si otro comió con la mano, se diría que es un poco extravagante, pero es tan evidente que estuvo mal, que de aquí a poco se arrepiente y va a comer como se debe, con cuchillo y tenedor. ¡Bondad, bondad, bondad!

Así yo veía en los ambientes tradicionales, que eran los míos, muy frecuentemente las reglas más fundamentales, más arraigadas, más marcadas ir siendo, no propiamente negadas en tesis – algunos las negaban, pero esos eran los extravagantes: el promedio de las personas no las negaba, como tampoco las afirmaba –, pero quedaban así medio flotando en el aire, tolerándose toda especie de violación de la regla en nombre de la bondad.

“Seamos buenos, tengamos compasión. Nunca hablemos mal de nadie. Haya alguno hecho el mal que hiciere, no se habla mal porque es falta de caridad, pues ésta consiste en ver sólo las cualidades de los otros, no los defectos.”

Entonces, la Moral, la educación, hasta la Gramática, el modo de pronunciar las palabras, de conversar, todo erosionándose, desvaneciéndose, los vocabularios empobreciéndose, los errores del portugués invadiendo el vocabulario como yerba dañina. Las malas maneras substituyendo las buenas de antiguamente, más o menos como las joyas falsas pueden inundar el mercado y robar clientes de las verdaderas.

En el fondo, el raciocinio era el siguiente: “Cumplir una regla puede ser desagradable: hacer algo desagrada-

ble es sufrir; causar sufrimiento a alguien es maldad; luego, nadie reclama el cumplimiento de ninguna regla y está terminado.” ¡Esto era la bondad!

De ahí vino después el permisivismo que afirma, ‘¡no hay regla!’ Primero, la violación de la regla es impune, y posteriormente se declara que no existe regla, está terminado.

Este modo evidentemente errado de entender la bondad y esa actitud frente a ella encuentra tal o cual consonancia con el temperamento brasileño. Este es afectivo, desinteresado, acogedor, afable, gusta de querer y de ser querido. Normalmente, salvo situaciones excepcionales, tiene horror



Fräulein Mathilde con Plinio, Ilka y Rosée

Arquivo Revista

a la pelea. Cuando el brasilero es peleador, todavía lo es menos de lo que un extranjero lo sería en las mismas circunstancias. Nosotros gustamos de la vida calma, donde todos se entienden sin líos y todo da en un acuerdo.

Críticas a los perezosos que no tienen lógica, elogios a la coherencia y a la fuerza de voluntad.

Ahora bien, yo veía en el ambiente creado por la *Fräulein* lo contrario de eso: la regla sobresaliente, protuberante. Ya el modo de llamar la atención era característica de eso. Si, por ejemplo, yo hacía alguna cosa equivocada, ella no decía “Plinio”, acentuando normalmente la prime-

ra “i” sino “¡Plinió!” Entonces, yo ya tocaba todas las alarmas, pues sabía que alguna cosa no estaba bien. Enseguida venía la pregunta: ¿Ud. hizo tal cosa así? – Sí, señora, lo hice. – Está bien, entonces tal castigo.

Castigo físico, nunca. Era, por ejemplo, privarme de alguna golosina, a lo que era sensibilísimo, y otros castigos del género.

Los casos contados por ella giraban en torno a una constante: había un deber que cumplir y la persona que precisaría cumplirlo fue perezosa, y no lo hizo porque no era agradable. Entonces, dio mal resultado y la persona recibió su merecido. Esto en la vida terrena, pues la *Fräulein* no era de hablar del Cielo, de la vida eterna. Este aspecto sobrenatural, lo aprendí con mamá, en el Colegio San Luis y en las aulas de Catecismo en la iglesia Santa Cecilia. Con ella, no. Ella se decía católica, pero lo era de un modo flojo. Sin embargo, era portadora de una tradición que, en muchos aspectos, mil años de civilización católica habían formado. De manera que aquello andaba en los buenos rieles.

Siempre los episodios contados por la *Fräulein* terminaban en un comentario despreciativo para con la persona perezosa que no tuvo la lógica, no supo prever, disponer de los medios y arrancar de sí la fuerza para cumplir su deber; acompañado de la idea de que la coherencia y la fuerza de voluntad exigían del hombre una *Leistung*² – término alemán utilizado por ella con un matiz intraducible para el portugués – en que él se empeñase por entero; ¡esto era un hombre! El resto era un perezoso, despreciable, un tipo que fracasaría, que merecía todo el asco del universo.

Yo oía aquellas narraciones y naturalmente, filosofaba. El primer obstáculo encontrado por mí era mi molicie. Fui un niño ultra perezoso. Yo pensaba: “Lo que está exigiendo esta mujer es una vida dura. ¿Cómo es que voy a tomar esta pereza toda y

poner esto en movimiento como ella me está indicando?”

Pero, de otro lado, yo no dejaba de percibir que mi preceptora tenía razón respecto de los fracasos de la molicie. Y si en varios puntos mi modo de ser nativo mal me ayudaba, en un punto me servía: lo que yo encontraba deseable, dentro de toda mi pereza, yo lo quería intensamente; y lo que juzgaba indeseable, lo rechazaba categóricamente.

No tardé en colocar frente a mis ojos la siguiente idea: en último análisis, o tendré una existencia de lucha continua para acabar teniendo lo que quiero, o seré un almacén de golpes de la vida, llevando una existencia que no deseo. Delante de mí, en un plato de la balanza está la molicie: en el otro plato están la lógica y la energía. En el plano terreno – el plano sobrenatural entró un poco después-, ¿cuál es la peor vida? ¿La del esforzado que camina para donde quiere o la del perezoso que se acuesta, pero cuyo barco va a parar no se sabe adónde? Yo pensaba: “En el fondo, es mejor pese a todo ser esforzado. La *Fräulein* tiene razón.”

Fuerza, energía, énfasis y resolución

Todo esto me llevaba a prestar mucha atención al modo de ser alemán, en las menores cosas, porque me venían lecciones que – sin pretender el ridículo de presumir de alemán, soy brasilero – se pueden adaptar e incrustar en la mentalidad brasilera.

Por ejemplo, algunas pequeñas impresiones respecto de la lengua alemana. Yo notaba que mis compatriotas consideraban al alemán feo, con palabras duras, ásperas, llenas de consonantes, con pocas vocales, dando la impresión de agresivas. Se tiene la impresión del ejército alemán marchando a paso de ganso por encima de la pobre Francia, aplastando amapolas y trigales en el cami-





GESTA MARIAL DE UN VARÓN CATÓLICO

no. Así era la lengua alemana a los oídos brasileños.

El brasileño gusta de la lengua flexible, sonora, con muchas vocales, y éstas bien abiertas. De las lenguas de Occidente, creo que pocas tendrán las vocales tan abiertas cuanto el portugués hablado del Brasil. En nuestra lengua se aprecia – sobre todo con los escritores más recientes – la frase breve, el orden directo, el pensamiento claro, fácil de captar. La palabra y la frase alemana se construyen de un modo completamente diferente, y las palabras son, muchas veces, compuestas. De manera que con dos o tres vocablos, de significados diversos, se compone un solo.

Doy un ejemplo: la palabra *Schnurrbart*. *Schnur* quiere decir cuerda, *Bart* es barba. Con los conceptos de cuerda y de barba los alemanes compusieron el concepto de bigote. Entonces, bigote es *Schnurrbart*. Si nosotros tuviésemos que decir “una barba de cuerda”, diríamos eso en ese orden. Los alemanes dicen “una de cuerda barba”. Por tanto, para referirse a un bigote, el pensamiento de ellos es: “una de cuerda barba”. Es otro mundo, que yo aprecio, pero para nosotros suena como una especie de acrobacia.

Las frases son, con mucha frecuencia, construidas también en orden inversa. Así, en vez de seguir el orden de sujeto, verbo, objeto directo o indirecto

y adverbios, la cosa es de otra manera, comúnmente con el verbo en el final. Por ejemplo, en portugués se dice: “¿Ud. no quiere hacer eso?” En alemán sería: “*Willst du es nicht machen?*” – “¿Quiere usted eso no hacer?”

El modo de utilizar la lengua es como en el latín: tiene nominativo, genitivo, dativo, acusativo, vocativo y ablativo. Luego, por la declinación al final de la palabra, se compone la frase.

Yo sentía, en torno de mí, que eso era atacado como siendo feo, pero para mí tenía una fuerte belleza. Es preciso decir – no piensen mal de mí los alemanes –, un tanto ruda, agreste. No es una flor de un jardín, sino un pino de selva: lanzado hacia arriba, verde, alto y combativo. Pero correspondía a la belleza de un pueblo entusiasmado de la regla, de la lógica, de la fuerza de voluntad y, por causa de eso, jugando con las palabras, componiendo, haciendo de cada vocablo una definición de sentido, invirtiendo el orden de las frases para que den más jugo y sean más fuertes. Todo es fuerza, energía, énfasis y resolución. La belleza agreste de eso me encantaba y entusiasmaba.

Las mil suavidades de la lengua francesa

Sin embargo eso no me impedía derretirme con las mil suavidades, bien inteligentes y finas como láminas de cristal, de la lengua francesa. Es otra cuestión. No obstante, en el punto de observación de esas dos lenguas y culturas, de esos dos modos de ser, y de la secular contienda entre ambos pueblos, me mantenía ajeno, por ser de origen exclusivamente brasileño. Por tanto, de fue-

Yo veía, en los ambientes tradicionales, las reglas más fundamentales siendo, no propiamente negadas,...

Arquivo Revista



Arquivo Revista



... pero que quedaban
medio flotando en el aire,
tolerándose toda especie
violación de la regla en
nombre de la bondad

ra de la pelea, pero haciendo lo que está en nuestro temperamento brasileño: seleccionando de acá y de allá; esto es bueno, aquello no lo es... incorpora lo que le gusta, aleja lo que no le gusta, y aplaude ambos lados buenos. Yo pensaba para mí mismo: “Un espíritu en el que tuviese cabida la admiración por las dos culturas, y que supiese destilar lo mejor de ellas, estaría por encima de ambas”.

Oía comentarios de algunos brasileños intoxicados por la propaganda anti alemana de la I Guerra Mundial, que decían: “¡Vea que lengua ruda! ¡Esto parece una lengua de bárbaro!” En el fondo, había un gusto por la palabra sonora, agradable, melódica, pero también una pereza de realizar aquel esfuerzo varonil, sin el cual ninguna nación llega al techo de sí misma: ‘¡Aquí precisa corregir, vamos allá! Siga adelante’.

Eso me llevó a dar atención a las varias cosas que la *Fräulein* Mathilde contaba, pero también empecé a interesarme por narraciones históricas alemanas y por algunas bromas hechas por franceses que, a veces, se referían a defectos, pero a veces a cualidades. Y pensaba: “¿Está viendo? Aquí están atacando una cualidad de los alemanes. En esa crítica no me embarco, pues aquello está bien”.

El foco del espíritu batallador era Prusia

Acabé por darme cuenta de que el foco de esas cualidades que yo admiraba estaba en la parte de Alemania que, sin embargo, no apreciaba: Prusia. Baviera, muy simpática, encantadora, artística hasta el último punto, gentil y



Archivo Revista



Archivo Revista

acogedora cuanto se puede ser, tierra de excelentes delicias gastronómicas, pero no de guerra, del militarismo, del heroísmo, de la fuerza de voluntad hasta reventar... Noté que el fuego de ese espíritu enérgico, batallador era Prusia, y que algo de la ambientación prusiana marcaba en Alemania esas cualidades que tanto apreciaba.

Sin embargo, consideraba otras lagunas como, por ejemplo, diplomacia nula. Para usar una frase francesa de un verso de Molière: *Ôte-toi de là que je m'y mette* – retírate de ahí para que yo me ponga, esta es la “diplomacia”: quiero ese lugar, salga porque voy a quedarme aquí. ¡Si no quiere, golpe! ¡Para eso tengo tales fábricas, tales recursos, y lo aplasto!” Así no funcio-

nan las cosas, vamos despacio, las cosas no son así. Además, hay una cosa llamada energía, pero hay otra llamada inteligencia. Y dentro de la inteligencia, está la sutileza. ¿Qué es lo que ellos hacen de eso?

Y, sobre todo, lo que los hacía censurables hasta donde se pueda ser censurable: es el foco del protestantismo en Alemania. Pecado contra el cual no se transige, se levantaron contra Roma, negaron el Papado, instituyeron el libre examen, que es el caos, expandieron eso por Europa entera.

Otra objeción: La Alemania de la que oía hablar era la Alemania fabulosa de los caballeros de la Orden Teutónica, que salían a caballo para convertir el mundo báltico.



GESTA MARIAL DE UN VARÓN CATÓLICO



Aspectos de Regensburg (Ratisbona)

Eso dio origen a la manía de pensamiento laico, meramente científico, de ciencias positivas y naturales, solo reconociendo como verdad lo que es evidente. A causa de eso, cuando se metían en Filosofía, los filósofos alemanes solo admitían como verdadero, aquello que percibían y pensaban. Es el caos mental, en relación al cual tengo todas las reservas, todas las distancias y todas las objeciones.

Pero, por otra parte, cómo me encantó, cuando supe que un diez por ciento de Prusia se había conservado católica, y esos fueron los católicos más contra-revolucionarios de la Alemania del siglo XIX.

La reluciente vida cotidiana del pequeño burgués

Otra cosa que me agradaba mucho en el ambiente europeo en general, pero en el alemán de un modo particular, era la atmósfera que envolvía al pequeño o medio burgués, del tiempo en que yo conocí Alemania, con una organización casi inocente de la vida cotidiana. Casa pequeña, con cortinas muy bien arregladas, sujetas de ambos lados, de paño barato, común, pero de colores alegres, con su vidrio bien limpio, del lado de afuera un tiesto de gera-

nios que sonrío al verano que le está iluminando. O, si es invierno, y amanece en día de nieve, el hielo forma ciertas figuras geométricas en los vidrios. Contraventana verde conservada siempre bien pintada, cuya cerradura no rechina, sino que abre y cierra muy bien. Dentro, una chimenea con aquella madera bien serrada. En una jaula, un pajarito. Y cuando llega la hora del pajarito dormir, y las personas aún no se recogieron, hay una especie de paño para colocar encima de la jaula y el pajarito entra en la noche antes que las personas. Pero es un paño bonito, la cosa es organizada, se lava, se renueva, la jaula está limpiísima, tiene un alpiste de primera calidad, el dueño o la dueña de casa le silba, el pajarito responde, mantienen un cierto diálogo con el pajarito. En una esquina, está el instrumento que toca el hijo.

Es un violín; su hermana también canta, dejando a los padres derretidos... Del interior exhala un buen olor agradable, está siendo preparado un pan. ¡Es la tierra de los panes! *Fräulein Mathilde* elogiaba los *Milchbrötchen* – “de leche panecillos”, que en Regensburg parece había en cantidad.

Todo ese interior constituye un ambiente en el que los placeres inocentes de la vida perfuman de tal

manera, que yo ni sabría explicarlo bien. Esa vida cotidiana del pequeño y medio burgués, no la noté en ningún otro lugar. Es una maravilla de la antigua Alemania.

El ápice de Francia es, por ejemplo, Chenonceau, del cual se podría decir lo que se afirmó de Fontainebleau: *qui porte sur son nom la beauté des eaux* – que lleva en su nombre la belleza de las aguas. No hay duda. Es la Francia de los castillos.

En Alemania, cada clase social tiene su ápice propio. El *Junker* es el gentilhomme prusiano. Y hay un tipo de *Junker* tan agreste que ellos llaman *Krautjunker* – un *Junker* de la hierbas (*kraut* - *junker* = caballero de zona rural). ¡Pero eran tremendos!

Bismarck era más o menos un *Krautjunker*. Cerveza, sándwiches con varias capas de mantequilla fresca y varios rellenos dispuestos en “pisos”. Muerde aquello, conversando muy seriamente de política o filosofía con el interlocutor, o entonces los dos cantando. Pueden ser dos personas mayores, icantan y allá va la cosa!

Desde el *Junker* o desde el *Kaiser* hasta el último pequeño funcionario público, que tiene su lugar en un pequeño alvéolo, con cortinita, todo con un cierto esplendor. El conjunto de eso, es el culmen de Alemania.

La elevación de espíritu brasileño

Pero, al lado de todo eso, estaba la Alemania modernizada, la Alemania de las fábricas, de las máquinas, de la organización en el ‘corre-corre’ que ya postulaba la Alemania de los rascacielos, de los ficheros, del anonimato; la Alemania de Hitler se estaba revolviendo para entrar dentro de eso. La antigua Alemania moría y la nueva Alemania nacía.

Una maravilla de limpieza llevada hasta lo ridículo. Leí las memorias de una Infanta española que contaba su vida en Alemania. Fue convidada por el *Kaiser* a ver Berlín bien temprano. Antes de comenzar el día – por cierto, algo eminentemente berlinés – limpiaban toda la ciudad, recorriéndola con unas enormes escobas giratorias. Poco después comenzaba el horario de todos ir al trabajo, de manera que se entraba en la ciudad limpia. La Infanta

Eulalia cuenta que el *Kaiser* tenía una tal manía de limpieza que sucedió, en dos o tres ocasiones, de él bajar del carruaje y recoger del suelo un papel que no había sido recogido por las escobas. Francisco José³ no haría eso, ni se le pasaría por la cabeza. Pero era la Alemania de la limpieza mecánica, de la cosa ya llevada al delirio, a la exageración, como no debe ser. En total, una inmensidad de cosas para aprender y algunas para asimilar.

¿Qué aprendí al apreciar el Brasil? Solo explicité conscientemente eso en los viajes que hice a Europa en los años 1950, 1952 y 1959. Entonces comprendí lo que es el vuelo de espíritu brasileño, la rapidez, la elasticidad, la facilidad de conjugación de los pensamientos, y la posibilidad de asimilar para formar un todo. Y pensé: “En resumidas cuentas, es una gran cosa ser como ellos son. Pero si nosotros supiésemos continuar siendo nosotros mismos, corri-

giéndonos y asimilando lo que los otros países tienen de bueno, aun así, es ser mejor ser brasileño”.

Fue viajando como comprendí todo el valor que hay en descender de una nación que no se dejó dominar por el protestantismo, ni engendró la Revolución Francesa, si bien se haya dejado intoxicar por ella. Una nación que tiene el genio latino en su fosforescencia, en su incesante destello. ¡Y realmente eso es muy bueno! ♦

(Extraído de conferencia del 28/2/1981)

- 1) Otto Eduard Leopold von Bismarck--Schönhausen, Príncipe de Bismarck, Duque de Lauenburg (*1815 - †1898). Noble, diplomático, y político prusiano.
- 2) Del alemán, entre otros significados: poder, potencia, conquista, desempeño.
- 3) Francisco José (* 1830 - + 1916). Emperador de Austria y Rey de Hungría, Croacia y Bohemia.



Castillo de Chenonceau



SANTORAL

1. Santos Justino Orona y Atilano Cruz, presbíteros y mártires († 1928). Fusilados en las proximidades de Guadalajara, México, durante la persecución religiosa.

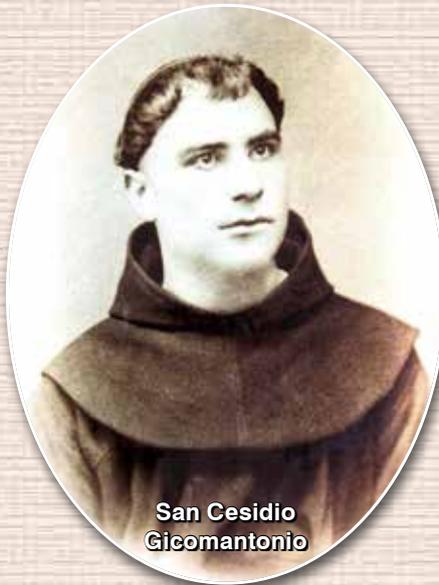
2. Beata Eugenia Joubert, virgen (†1904). Religiosa de la Congregación de la Sagrada Familia del Sagrado Corazón. Enseñó la Doctrina Católica a los pequeños. Murió de tuberculosis en Lieja, Bélgica.

3. Santo Tomás, Apóstol (†S. I).

San León II, Papa († 683). Gran conocedor de las lenguas griega y latina, amigo de la pobreza y de los pobres, confirmó los decretos del III Concilio de Constantinopla.

4. Domingo XIV del Tiempo Ordinario.

Santa Isabel de Portugal, reina († 1336).



San Cesidio Giacomantonio

Flávio Laurencio

San Cesidio Giacomantonio, presbítero y mártir (†1900). Franciscano, lapidado y quemado en Hengyang, China, cuando protegía el Santísimo Sacramento.

5. San Antonio María Zaccaría, presbítero (†1539).

San Atanasio el Atonita, monje (†c. 1004) Instituyó un pequeño monasterio en el Monte Atos, Grecia, iniciando la vida cenobítica en este lugar.

6. Santa María Goretti, virgen y mártir (†1902).

7. San Odón de Urgel, obispo († 1122). Elegido Obispo de Urgel, España, por aclamación del pueblo cuando aún era laico.

8. San Juan Wu Wenyin, mártir († 1900). Catequista martirizado en Yongnian, China, en la persecución movida por los yihetuan.

9. Santa Paulina del Corazón Agnizante de Jesús, virgen († 1942).

San Nicolás Pick, presbítero y compañeros, mártires († 1572). Sacerdote franciscano torturado y ahorcado por los calvinistas junto a otros 10 religiosos de su orden y ocho sacerdotes seculares en Brielle, Holanda, por de-

fender la Primacía del Papa y la Presencia Real de Jesús en la Eucaristía.

10. San Agustín Zhao Rong, presbítero y compañeros, mártires († 1648 - 1930).

Santa Amalberga, virgen († S. VIII). Recibió de las manos de San Wilibrordo el velo de las vírgenes consagradas y pasó los últimos años de su vida en Temse, actual Bélgica.

11. Domingo XV del Tiempo Ordinario.

San Benito, abad († 547).

Santa Olga de Kiev (†969). Abuela de San Vladimir, fue la primera Soberana de Rusia en recibir el Bautismo. Murió en Kiev, actual Ucrania.

12. Beato David Gunston, mártir († 1541). Caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén, ahorcado en el patíbulo de Southwark, Londres, por negar la autoridad de Enrique VIII en asuntos espirituales.

13. San Enrique, emperador (†1024).

San Manuel Le Van Phung, mártir († 1859) Padre de familia que, a pesar de estar preso, continuó exhortando a sus hijos y familiares en la caridad hacia sus perseguidores. Murió decapitado en Chau Doc, Vietnam.

14. San Camilo de Lelis, presbítero († 1614).

Santa Toscana, viuda (†1343/1344). Después de la muerte de su esposo, dio sus bienes a los pobres y se dedicó a los enfermos en el hospital de la Orden de San Juan de Jerusalén, en Verona, Italia.

15. San Buenaventura, obispo y Doctor de la Iglesia (†1274).

San David, obispo (†c. 1082). Religioso cluniacense de origen inglés, enviado como misionero para evangelizar a los suecos. Murió anciano en Vasteras, Suecia.

16. Nuestra Señora del Carmen.



San Federico

Samuel Holandica

Santa María Magdalena Postel, virgen († 1846). Durante la Revolución Francesa, usó sus bienes para auxiliar a los enfermos y los fieles. Establecida la paz, fundó en Saint-Sauver-le-Vicomte, Francia, la Congregación de las Hijas de la Misericordia.

17. Bienaventurados Ignacio de Azevedo, presbítero, y compañeros, mártires († 1570).

Carmelitas de Compiegne, vírgenes y mártires († 1794).

18. Domingo XVI del Tiempo Ordinario.

San Federico, obispo († 838). Obispo de Utrecht, Holanda, eximio conocedor de las Sagradas Escrituras, se consagró a la evangelización de los frisios.

19. Beato Pedro Crisci, penitente (†c. 1323). Después de distribuir sus bienes a los pobres, se puso al servicio de la Catedral de Foligno, Italia, y pasó a vivir en la torre del campanario.

20. San Apolinar, obispo y mártir (†c. S.II).

San Elías Tesbita. Profeta durante los reinados de Acab y Ocozías en Israel, a quienes censuró por su idola-

tría. Es modelo y padre espiritual de la Orden Carmelita.

21. San Lorenzo de Brindis, presbítero y Doctor de la Iglesia, († 1619).

San José Wang Yumei, mártir († 1900). Martirizado en el camino de Haining, China, por profesar la Fe Católica.

22. Santa María Magdalena († s. I).
Ver página 2.

Beata Inés Teresa del Santísimo Sacramento, virgen (†1981). Fundó en Cuernavaca, México, las misioneras Clarisas del Santísimo Sacramento y los Misioneros de Cristo para la Iglesia Universal.

23. Santa Brígida, religiosa († 1373).

Beato Cristino Gondek, presbítero y mártir († 1942). Franciscano polaco enviado al campo de concentración de Dachau, Alemania, donde murió por causa de los tomentos sufridos.

24. San Charbel Maklouf, presbítero († 1898).

Santa Eufrasia, virgen († s.V). Procede de una noble familia senatorial, se retiró a llevar una vida eremítica en el desierto de Tebaida, Egipto.

25. Domingo XVII del Tiempo Ordinario.

Santiago el Mayor, Apóstol († S. I).

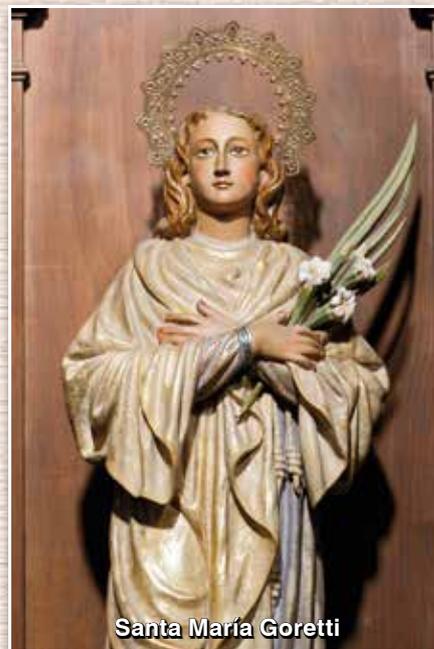
Beato Juan Soreth, presbítero († 1471). Prior General de la Orden de los Carmelitas, obtuvo del Papa Nicolás V la erección canónica de las Órdenes II y III del Carmen.

26. San Joaquín y Santa Ana, padres de María Santísima.

San Jorge Preca, presbítero († 1962). Se dedicó amorosamente a la formación catequética de los jóvenes y fundó la Sociedad de la Doctrina Cristiana en La Valeta, Malta.

27. San Erlembaldo, laico († 1075).
Ver página 26.

28. Beata Lucía Bufalari, virgen (†c. 1350) Religiosa de las Oblatas



Santa María Goretti

de la Orden de San Agustín en Amelia, Italia, se destacó por su espíritu de penitencia y celo por las almas.

San Melchor García Sampedro, obispo y mártir († 1858). Obispo dominico, preso y dilacerado en Nam Dinh, Vietnam, por orden del emperador Tu Duc.

29. Santa Marta († S. I). Hermana de Lázaro y María.

San Guillermo Pinchón, obispo († 1234). Obispo de Saint-Brieuc, Francia. Brilló por su bondad y simplicidad y por defender los derechos de la Iglesia y de su grey.

30. San Pedro Crisólogo, obispo y Doctor de la Iglesia. (†c. 450).

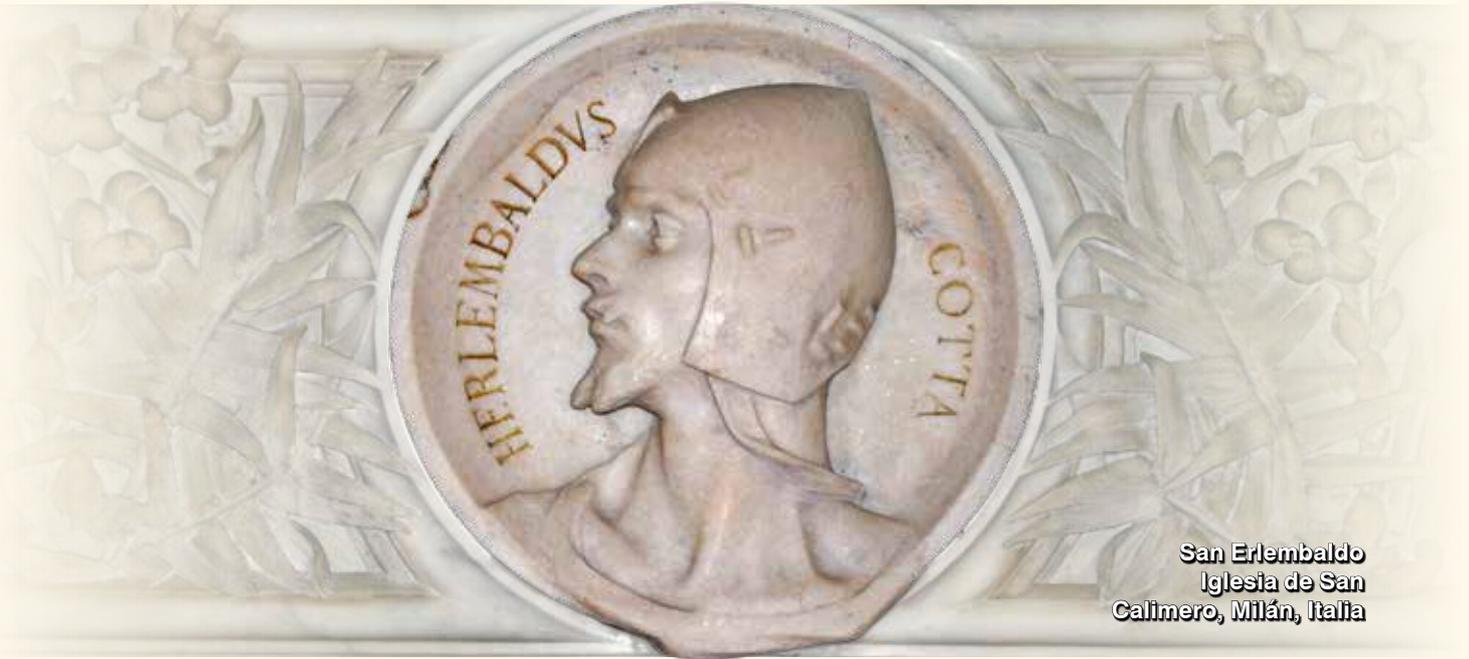
Beato Manes de Guzmán, presbítero, (†c 1235). Hermano de Santo Domingo y colaborador suyo en la expansión de la Orden de los Predicadores. Murió en Caleruega, España.

31. San Ignacio de Loyola, presbítero y fundador († 1556).

Beato Francisco de Stryjas, mártir († 1944). Padre de familia preso y muerto en Kalisz, Polonia, después de sufrir innumerables suplicios.



Tumba de San Odón de Urgell en Santa María de Gerri, España



San Erlembaldo
Iglesia de San
Calimero, Milán, Italia

Intrépido caballero de Cristo

San Erlembaldo, Duque de Milán era riquísimo y poseía un magnífico palacio. Estando la Diócesis de Milán dominada por elementos simoníacos y favorecedores de la corrupción de las costumbres, se dirigió a Roma y, el Papa le ordenó que emplease sus armas contra aquellos impíos. Luchó como un león y obtuvo victorias extraordinarias, pero fue asesinado por los enemigos de la Iglesia.

Tengo para comentar una ficha extraída del libro del Abbe Profillet, *Santos militares*¹, que dice lo siguiente:

*Varón riquísimo,
corajudo como un león*

San Erlembaldo, señor milanés, intrépido caballero de Cristo, fallecido el año 1075.

Erlembaldo Cotta perteneció a una ilustre familia milanésa. Desde joven ingresó en la carrera de las armas y, a pesar de que era poco robusto, era corajudo como un león.

Riquísimo, el palacio que poseía en Milán se igualaba en magnificencia al de un rey. Sin embargo, no tenía su corazón preso a los bienes de la tierra, sino a Dios. Pretendiendo así entrar a la vida monástica, fue impedido a ello por el

santo Diácono Arialdo, quien lo aconsejó a luchar por la Iglesia desde el laicado. Le mostró que la Iglesia pasaba por una hora de tinieblas, con la expansión de la simonía y la apostasía del clero, errores protegidos por el poder civil.

Erlembaldo, entonces, se dirigió a Roma, donde el Papa Alejandro, apoyado por varios cardenales, le ordenó que volviese a Milán y ayudase a Arialdo a combatir a los enemigos

de Cristo y resistiese hasta la muerte si fuera necesario. Dieron también el nombre de San Pedro al estandarte de guerrero que debería tener siempre a la mano, para reprimir el furor de los herejes. Ese estandarte fue sustentado por el santo con perfecta lealtad durante dieciocho años.

Este ilustre señor aparecía en público ricamente vestido, conforme convenía a su dignidad, acompañado de un pomposo séquito. No obstante, en su vida particular, se revestía al rezar de un pobre traje de lana. Cuando andaba por las calles de Milán, el pueblo lo acompañaba para homenajearlo. Si él percibía entre la multitud algún andrajoso o enfermo, hacía una señal a un servidor para que la persona fuese conducida secretamente a su palacio. Ahí, el noble cuidaba del pobre miserable con sus propias manos. Era entonces tan cariñoso como vuelto con ardor hacia los intereses de la Iglesia.

Y esto de tal manera, que el bienaventurado Arialdo decía siempre: “¡Ay!, con excepción de Erlembaldo y del eclesiástico Nazario, no encuentro sino personas que, con falsa prudencia, me aconsejan el silencio, dejando a los simoníacos impúdicos ejercer libremente las obras del demonio”.

Ya hacía diez años que el Duque defendía celosamente la causa de Dios, cuando San Pedro Damián, Legado Papal, exigió de todos los obispos de Milán y del arzobispo Guido un juramento de condenación a la simonía. Todos juraron, pero al quedar vacantes algunas sedes, el propio arzobispo realizó un tráfico ilegítimo. Erlembaldo fue enviado a Roma para hablar con el Papa sobre el problema y, regresó con carta de excomunión para el arzobispo. Era un día de Pentecostés y el prelado simoníaco consiguió reunir una enorme multitud en

la iglesia. Ahí, asegurando la bula papal que lo condenaba, movió al pueblo contra Arialdo y Erlembaldo.

“Jamás – dijo él – esta ciudad va a obedecer a la Iglesia romana. ¡Abajo los miserables que quieren arrebatarnos nuestra antigua libertad!”, y el populacho gritaba: “Matémoslos ya, imatémoslos ya! Y se echaron contra los dos servidores de Dios que estaban en la Iglesia. Los clérigos sobre Arialdo y los laicos sobre el caballero. Arialdo fue gravemente herido, pero Erlembaldo se defendió tan bien con su cetro militar, que nadie consiguió aproximarse de él. Arialdo se repuso de sus heridas y emprendió un viaje a Roma. En

el camino fue entregado por un sacerdote a los partidarios del arzobispo simoníaco que lo arrastraron a un lugar desierto, donde fue muerto por dos clérigos que lo mutilaron horribilmente. Erlembaldo, al saber de lo ocurrido, fue a buscar los restos mortales del amigo. Acompañado de gran multitud, depositó el cuerpo de San Arialdo en la iglesia de San Sancho.

Asegurando el estandarte, desbarató a los enemigos de la iglesia

Al año siguiente, el arzobispo Guido se reconcilió con la Santa Sede y decidió, de antemano, escoger a su sucesor, nombrando a Gotefrido, su secretario, para ocupar el cargo después de su muerte.

Pero los habitantes de Milán, especialmente los campesinos, repelieron ese nombre con horror. Viendo su plan frustrado, Guido buscó a Erlembaldo para conseguir un acuerdo con el Duque, pero éste consideró no haber perdón para un prelado tan culpado e hizo que fuese encerrado en el monasterio de San Celso. Gotefrido, entonces, temiendo por su futuro, se fortificó en el castillo de Castillón, entonces inexpugnable. Los milaneses decidieron desalojarlo de allí y ya lo estaban consiguiendo, cuando el enemigo provocó un gran incendio en Milán. Ante el peligro, los atacantes retrocedieron y habrían sido derrotados si Erlembaldo, tomando el estandarte de San Pedro, no hubiese atacado con tal ímpetu que desbarató completamente a los enemigos.

El Papa San Gregorio VII nombró nuevo arzobispo para Milán, excomulgó a Gotefrido y encorajó al Duque para que defendiese la sede de San Ambrosio.

Erlembaldo luchó mucho más aún para garantizar los derechos del arzobispo.



San Arialdo - Iglesia de San Calimero, Milán, Italia



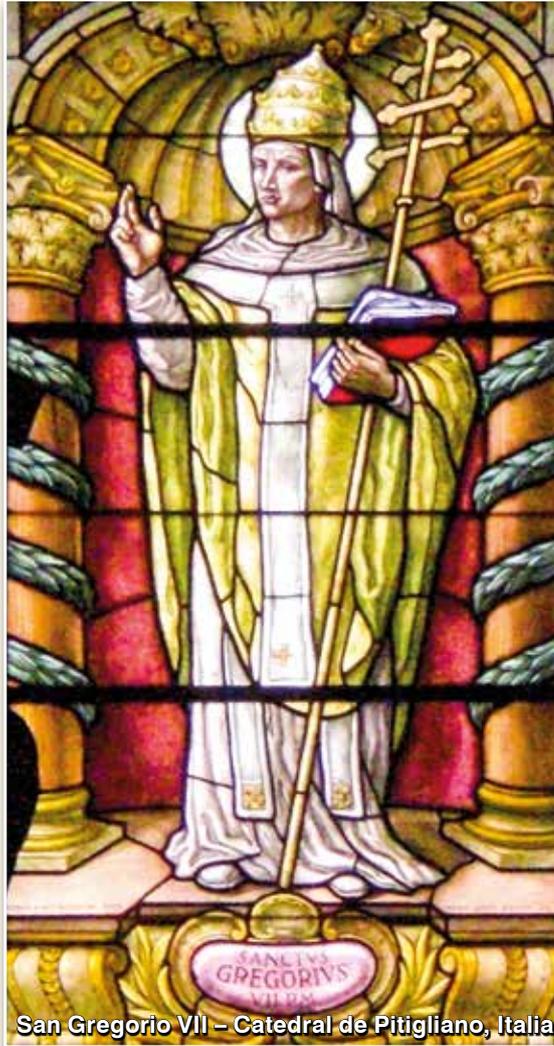
No pudiendo derrotarlo en batallas, sus enemigos decidieron recurrir al asesinato. Un día en que el Duque de Milán hablaba a los pueblos, los conjurados se precipitaron contra él que, aun resistiendo heroicamente, fue vencido por el número. Aseguraba en su mano el estandarte de San Pedro, cuando sucumbió a los golpes del asesino. Su muerte fue llorada por todos los fieles de la Iglesia romana, hasta los confines de Inglaterra. Nadie se conforma con el desaparecimiento del caballero de Cristo, como era llamado por San Gregorio VII. El beato Urbano II, poco tiempo después, colocó a Erlembaldo en el número de los santos.

Simonía y corrupción de los cargos eclesiásticos

Esta es una de las más bonitas fichas que hayamos recibido. La biografía es tan llena de datos y aspectos, que tal vez el comentario sea un poco largo. Trataré de ser tan breve cuanto posible, pero vamos a analizar un poco la vida de este santo.

En primer lugar, se nota la situación de Italia en ese tiempo. Ella estaba dividida en dos corrientes. Una obedecía a la Iglesia romana, Sede infalible de San Pedro; la otra tenía rezagos de herejía; pero se caracterizaba – además de los errores doctrinarios – por el hecho de sus miembros tener muy malas costumbres y practicar la simonía, acto por el cual una persona vende un cargo eclesiástico. Por ejemplo, la necesidad que tiene un arzobispo de nombrar a un párroco o a un canónigo, y en lugar de escoger al más digno, pone el cargo en subasta y da el puesto a quien más le pagare. En la Edad Media, como la generosidad popular era muy grande, esos cargos eran bastante lucrativos. Era posible hacerse a mucho dinero

Detunedweirdo (CCS:0)



San Gregorio VII – Catedral de Pitigliano, Italia

con un cargo eclesiástico, sobre todo, si la honestidad no fuese muy grande. Entonces, había ambiciosos en cantidad que disputaban esos cargos.

Era algo enteramente de acuerdo con la corrupción, pues el individuo compraba un cargo para el cual no tenía llamado; y, después, no cumplía con las obligaciones propias. Entre otras cosas, no era casto; de manera que la corrupción se daba a borbotones. Además, quien cumple un cargo sólo interesado por hacer dinero, termina cayendo en robos, en venta de reliquias y objetos de la Iglesia, disgregación del culto, etc.

Sin embargo, existía algo que le daba un gran consuelo a la Iglesia: era la Orden de Cluny, que floreció de una corriente que representaba el rigor re-

ligioso, que tenía a la cabeza la Santa Sede, y cuyo mayor exponente fue San Gregorio VII, precedido de una serie de Papas también santos, dignos, llenos de coraje y que combatían las herejías, la simonía y la corrupción con toda su fuerza y energía.

Muchas veces había laicos favorables a la simonía porque compraban esos cargos eclesiásticos para personas de su familia, o recibían dinero para no vetar el acceso de determinada persona a cierto cargo, pues los señores feudales tenían el derecho de vetar ciertos cargos eclesiásticos. De manera que para ellos era una fuente de renta, y había un gran número de señores feudales que apoyaban a sacerdotes simoníacos y corruptos. Se daba entonces un desbordamiento del problema religioso hacia el terreno político. Los Papas combatían a esos obispos simoníacos deponiéndolos; los obispos se rehusaban a abandonar las diócesis y eran defendidos por aquellos señores feudales que quisiesen esa forma de corrupción.

Evidentemente, había señores feudales buenos, fieles al Papa, que no estaban de acuerdo con ello.

La lucha religiosa se extendía a los terrenos político y militar

Entonces, la lucha religiosa pasaba a los terrenos político y militar, pues era necesario que los prelados legítimos expulsasen a los malos para obedecer al Papa, y los señores feudales pésimos protegían a esos prelados indignos. Así, los señores feudales buenos y los pésimos se declaraban la guerra entre sí. Conflicto de proporciones pequeñas, ya que Italia estaba pulverizada en una porción de principados y repúblicas burguesas, y cada una tenía su lucha

interna. Fue una guerra que se extendió por toda Italia como una especie de erisipela. Por todo el país había guerrillas de esas que se entrelazaban, porque el partido de una ciudad era aliado a su congénere de otra; se formaba, de esta manera, una situación caótica en la cual toda Italia estaba sumergida.

Mientras la corriente de Cluny va intentando hacer la reforma de la Iglesia, vemos aparecer en Milán a dos santos de una envergadura excepcional. Uno de ellos es el bienaventurado Arialdo, clérigo profundamente adversario de la simonía, contra la cual lucha con las armas religiosas eclesiásticas. Y la figura extraordinaria de este Duque, con un nombre también un poco extraordinario, al menos para nuestros oídos latinos: Erlembaldo. Su nombre nos habla bien de la proximidad de la sangre bárbara; o sea, el nombre germánico del tiempo de las invasiones; probablemente un nombre lombardo, ya que los lombardos ocuparon Milán, estableciéndose allí y allí teniendo descendencia. Erlembaldo y Arialdo son nombres de origen común, que indican el mismo fondo racial.

“Herejía blanca”: visión deformada a respecto de la santidad

La figura de Erlembaldo se nos presenta con un aspecto y una vocación muy diversa a la de muchos santos dignos de toda nuestra veneración, canonizados por la Iglesia, y que siguieron una línea diferente de la que muchos católicos, entre los cuales nosotros mismos, personalmente debemos seguir. Pero la “herejía blanca”² gusta presentarlos como siendo los únicos y verdaderos santos. Así, la historia que el “herejía blanca” gustaría construir de San Erlembaldo sería la siguiente:

“Él era un santo mancebo – por que comienza por ser un mancebo,

con la connotación a veces ridícula que esta palabra adquiere en portugués –, hijo del Duque de Milán, que desde su más tierna infancia manifestaba su profundo horror a la sangre y, cuando él mismo veía animales que eran maltratados, corría junto al regazo de su madre, diciendo: ‘Mamá, ¡cuánta tristeza hay en esta vida!’; Su madre lo llevaba entonces junto a una imagen, donde él lloraba copiosamente, consolándose al final con la idea de que todo tendrá un fin cuando fuere para el cielo. El santo mancebo era de una salud frágil y delicada; por causa de ello llevó una vida de mucho sufrimiento cuando era niño; tenía además una herida en la cabeza que despedía mal olor.

“Después de que se hizo joven, resolvió dejarlo todo, concibiendo horror a las cosas terrenas y se consagró al servicio de los pobres. Entonces, durante toda su vida pasó cuidando de ellos y tratando de animales en-

fermos. Su especialidad era la de reconciliar a todo el mundo con quien él se encontraba, y por eso era llamado de “Erlembaldo de la paz”. Murió muy viejo y sonriendo. Era llamado el “Santo de la sonrisa”.

Notemos bien: si alguien de la Edad Media tuviese esta biografía, podría ser un auténtico santo. Sin duda, eso hace la vida de un santo, y Dios me libre de afirmar lo contrario. No sería, un santo “herejía blanca”; entre tanto, sería “herejía negra” decir que un santo es “herejía blanca”. Todos los santos son perfectos y a ellos debemos veneración. La cuestión es otra: decir que la santidad es sólo eso, aquí está la “herejía blanca”. Ahora bien, Erlembaldo fue en diversos aspectos lo contrario de eso. Y también fue un santo.

Conservar el cargo usándolo en favor de la buena causa

Milán fue siempre una de las principales ciudades de Italia, situada en el valle del Po, al centro de una porción de caminos, una de las regiones más ricas de Europa, pueblo muy inteligente, culto, político, artístico. De donde, Duque de Milán significa ser uno de los más altos jefes de Italia. Un Duque de Milán en aquel tiempo tenía peso en la política internacional, pues los reyes de Francia y los emperadores del Sacro Imperio, vivían peleándose; y el apoyo que ellos tenían de las ciudades italianas, dislocaba a favor de uno u otro lado la balanza política; de manera que, muchas veces, esos pequeños principados del norte de Italia eran los fieles de la balanza internacional.

San Erlembaldo se nos muestra como un hombre saludable, fuerte, buen mozo, hombre rico que fastuosamente se presenta en las calles, acompañado de una pomposa comitiva y que toma cuenta de su poder con fuerza. Pero quiere dejar todas las cosas del mundo y hacerse fraile. En la mentalidad “herejía blanca” ya formaría una barra y una po-



Bienaventurado Urbano II
Marna, Francia



rra. “¡Ah!, ¡qué bien! ¡Va a terminar siendo fraile!”

Y en esa hora, en que la historia comienza a tomar sabor para el “herejía blanca”, aparece un aguafiestas: Arialdo, quien da a San Erlembaldo la idea que nosotros reputamos sublime y al “herejía blanca se le hace estridente y chocante, de que se conserve en el cargo y lo use en favor de la buena causa. He ahí una cosa que a la mentalidad “herejía blanca” no le gusta: “utilizar la política en favor de un asunto eclesiástico. ¡Jamás! La política es una cosa terrena, humana y mundana... un espíritu sobrenatural ni gusta ni entiende de política.”

Luego le dice que debe utilizar la fuerza contra los corruptos y simoníacos. El “herejía blanca” gustaría de lo contrario: “Sonría de tal forma a los corruptos que estos dejen la corrupción y todos comiencen a cantar loas en honra de Nuestra Señora. No hay mal alguno en eso... con una sonrisa bondadosa se acaba con el mal”.

Una larga vida de lucha y resistencia coronada por el martirio

Pero hay más: ese hombre se va a Roma, de lo cual tampoco gusta la mentalidad “herejía blanca”. “Quédese aquí con el vicario y con el párroco... esa historia de ir a Roma, no se incomode con eso... Tenemos a nuestro Reverendísimo Monseñor Caspa que es tan simpático; ¿para qué más?”. Horizontes limitados, nada de grandes horizontes; así es el individuo “herejía blanca”. En Roma, el Santo Padre le da a él un estandarte al cual coloca el nombre de San Pedro: “Aquí está mi estandarte. Usted va a ser mi espada en Milán.”

“Suelta la fiera – piensa el “herejía blanca” – y ahora, ¡cosa horrorosa!, viene con una espada a defender la Causa de Cristo, quien fue todo sonrisa y bondad... nunca hirió a nadie en la vida...” Ahora bien, ¡Él llegó a azotar y a expulsar a los vendedores del Templo! Pero no adelanta de nada; el “herejía blanca” dice que Nuestro Señor nunca hirió ni heriría a nadie. Entre tanto, ¡ese hombre va a derramar sangre en nombre de Cristo!

Conforme hemos visto en la narración, él entró, cortó, luchó, rajó, apresó y persiguió a padres simoníacos. Pues bien, ese hombre es un santo, que a su vez fue siempre apoyado por otro santo llamado Arialdo.

Otra teoría más del “herejía blanca”: “Basta que un santo se presente en una ciudad, y todo el mundo se convierte”. Aquí estamos viendo lo contrario. Entra un santo, pocos se convierten, la batalla continúa y los Papas siguen apoyando

esa lucha. ¡Es sublime! La espada al servicio del derecho, librando al mundo de la presencia abyecta del hombre que esparce el mal. Existe aquella frase magnífica de la Escritura: “Maldito el hombre que retrae su espada de la sangre” (Jr. 48, 10). Para alguien inficionado de “herejía blanca” esto es horrible. Es maldito el hombre que derrama sangre...

Esa mentalidad no comprende tampoco cómo en una ciudad donde hay dos santos, el jefe de los herejes – que es un hombre tan bueno, apenas ha tenido un equívoco, según la “herejía blanca” – coge la bula venida de Roma en la cual el Papa lo excomulga, y la lleva para ser destruida, en un alarde de protestantismo; es un “luterito” clamando por la independencia de Milán.

Se forma un lío dentro de la catedral, San Arialdo es herido, pero en un rincón estaba San Erlembaldo, con su estandarte y su espada, y nadie osó aproximarse de él.

Por ejemplo, el sublimísimo martirio de San Esteban, el “herejía blanca” lo comprende. Pero un santo que lucha hasta el fin como un león, cerca de quien nadie se aproxima, de esto, el “herejía blanca” ni gusta, ni comprende.

San Erlembaldo resiste, pero para que él tuviese todas las glorias, al final de la vida acaba recibiendo también la corona del martirio, después de una larga vida de lucha y resistencia. ❖

(Extraído de Conferencia del 3/8/1970)

- 1) PROFILET, Charles, *Les Saints militaires: Martyrologe, vies et notices*. París: Retaux-Bray, 1890.
- 2) Expresión metafórica creada por el Dr. Plinio para designar la mentalidad que se manifiesta en la piedad, en el arte y en la cultura en general. Las personas por ella afectadas, se vuelven flojas, mediocres, poco propensas a la práctica de la virtud de la fortaleza, así como todo lo que signifique esplendor.

Archivo Revista



Dr. Plinio en 1970



Admiración: isuprema alegría!

Dios colocó una nota de admirable en todo cuanto hizo, porque quiso infundir en los hombres la convicción de que su espíritu debe estar dirigido hacia lo más alto, a través de la admiración. Esa admiración supone dos grados: uno es por aquello que la persona tiene delante de sí; otro es el de reportar todo a Dios Nuestro Señor.

Oímos la descripción de la investidura de un caballero, tan bien presentada por León Gautier¹. ¿No es verdad que hallamos muy agradable presenciar toda esa escena? ¿Por qué?

*Una alegría que solamente las
almas admirativas poseen*

Sin duda, debido a la belleza de la escena, pero también porque esa pulcritud nos trajo una determinada forma de alegría que el mundo de hoy en día no conoce más. Es un modo de alegría ligado a la admiración. Nosotros admiramos todo eso, pero en un enfoque, en una luz tal que nos produjo alegría. Y en cuanto el mundo actual sólo concibe la alegría en el libertinaje, en el desorden, en lo extravagante, en lo grotesco, en lo ridículo, en lo disipado, nosotros tuvimos exactamente un júbilo que pudimos tocar con las propias manos, lo sentimos en nuestra propia alma, y que fue el resultante de la contemplación



Luis C. R. Abreu



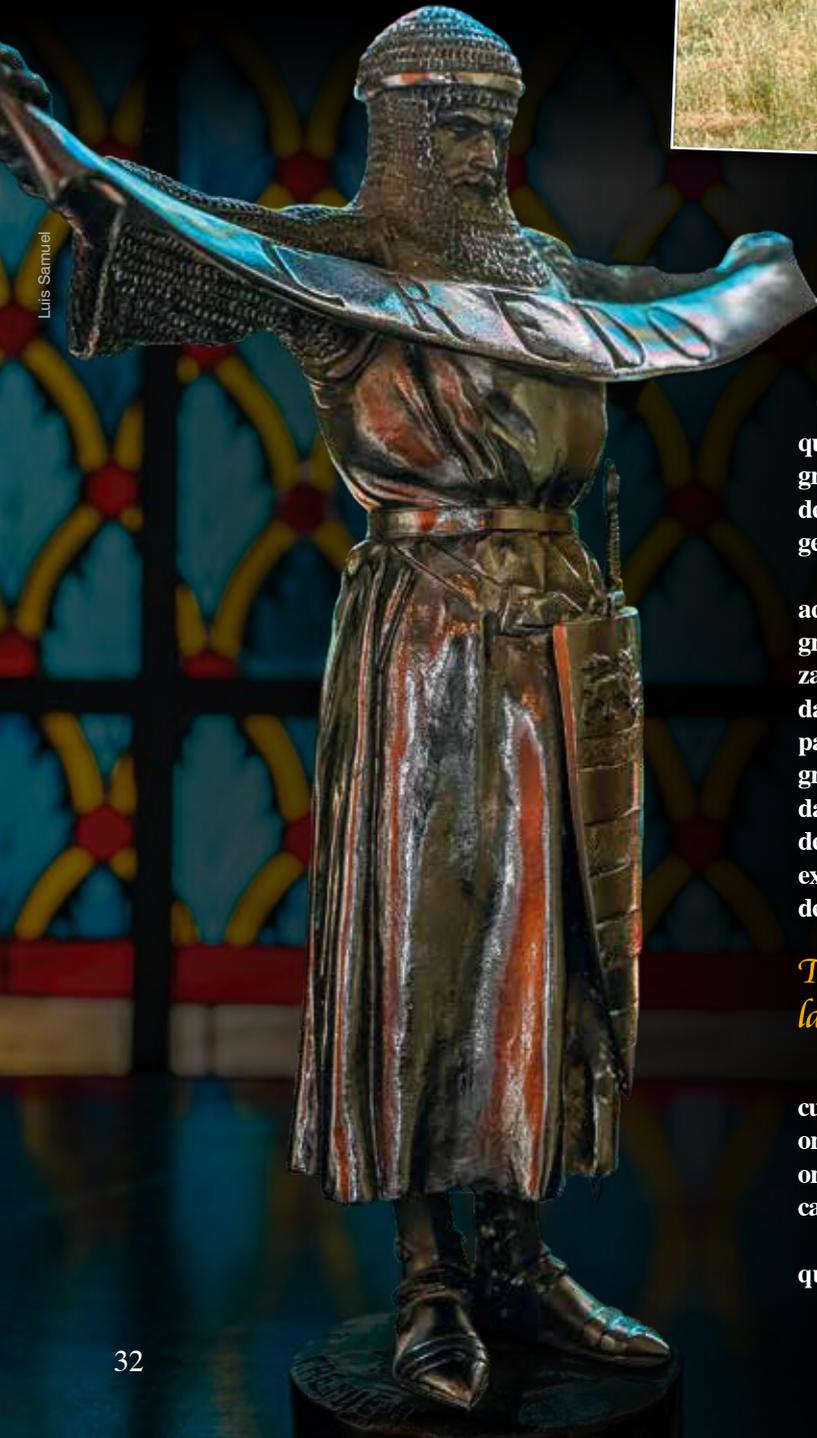
LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

de un ambiente y de una ceremonia, y de personas viviendo en ese ambiente todas ellas llenas del sentimiento de admiración y de respeto por lo que hacían. Nos pareció agradable ser ese caballero, y por cierto hubo personas aquí ante de cuyo espíritu pasó la idea: “¿Como me gustaría ser armado caballero!”

Ser armado caballero es algo que el mundo de hoy detestaría, porque lleva a prepararse para lo contrario de la seguridad de vida ofrecida a los hombres por la sociedad actual. No es inscribirse en una entidad de jubilaciones y pensio-



Robek (CC3.0)



Luis Samuel

nes, ni conseguir un derecho a una promoción para poder comprar un automóvil mejor. Al contrario, es exponerse al riesgo sin ganar dinero, por mero amor al heroísmo, a la virtud, a la Iglesia Católica; exponerse a morir traspasado por una lanza en un desierto, o naufragando en un barco que lleva caballeros a Tierra Santa y que, en una tempestad del Mediterráneo – que no afectaría a los trasatlánticos de hoy, pero muy peligrosa para los pequeños barcos de aquel tiempo – se hunde repleto de caballeros; o morir en una lucha contra albigenses o moros en el propio territorio europeo.

La perspectiva del riesgo traía para los hombres de aquella época la admiración al heroísmo, con la idea de un gran destino. La esperanza de vencer o morir en la realización de esa obra magnífica y, de esa forma, dar a su vida un gran sentido, la admiración por lo que significa vivir para consumir ese holocausto es la causa de esa gran alegría. De allí la escena tan alegre del joven que inicia la vida de sacrificio y va para ella jubiloso, satisfecho por causa del gran holocausto de su vida. Él conoce el sentido de su existencia, ama, admira el sacrificio y tiene aquella forma de alegría especial que sólo las almas que admiran poseen.

Todo cuanto es admirable infunde en los hombres la convicción por lo que hay de más elevado

Dios colocó por lo menos una nota de admirable en todo cuanto hizo, y sin ninguna excepción. Esa nota de admirable, ora se muestra evidente de manera a encantar a los hombres, ora aparece en el fondo de una larga y árida pesquisa científica. En cierto momento el hombre encuentra lo admirable.

Si el creador puso lo admirable en todo es porque Él quiso infundir en los hombres, de todos modos y de to-

das las formas, esa convicción de que su espíritu debe estar dirigido hacia lo más alto, hacia algo que le cause admiración y que la luz de su vida es la admiración de las cosas verdaderamente admirables.

Todo cuanto Dios hace es admirable y Él quiere que vivamos en una continua admiración de las criaturas, para admirarlo a Él que se refleja en ellas. Por esa admiración hecha de veneración, de adoración, desea que nosotros lo sirvamos heroicamente la vida entera.

Entonces, esa admiración supone dos grados: uno es la admiración próxima por aquello que la persona tiene delante de sí; otro grado es reportar todo a Dios Nuestro Señor, de manera que Él sea el término final de la admiración. En el Creador, que es el Autor de aquello que estoy admirando, está esa maravilla de un modo infinito. Y cuando algún día, por su misericordia y por el mérito de la preciosísima sangre que Nuestro Señor derramó por mí, por las lágrimas y por los ruegos de su Madre, yo llegue al Cielo y lo admire cara a cara, eso que estoy viendo ahora lo voy a contemplar directamente en Él por toda la eternidad.

Eso se verifica en las menores cosas. Por ejemplo, yo soy muy sensible a lo bello de las piedras; es una peculiaridad individual. Otro será más sensible a la belleza de las aves; de la música, etc. es una peculiaridad individual. A mí me agrada, en cuanto estoy haciendo esta conferencia, mirar para la superficie de este mojador de dedos que tengo delante de mí, adornado con una piedra verde. Sé muy bien que no se trata de una esmeralda maravillosa, y no sería puesta en la corona del Sha de Persia, ni de lejos. Entretanto, es un verde que me agrada mirar. Pero no me quedo en el agrado puramente sensitivo de un bicho que mira a una cosa verde, y sacude bobamente la cabeza sin saber porque, pues Dios me hizo hombre y, mucho más que eso, me hizo católico, apostólico, romano; bautizado en mi infancia, nací en la Iglesia por su misericordia.

Debo, entonces, preguntar por qué ese verde me agrada, pues no existe apenas un motivo sensitivo, sino una razón de carácter mental, una afinidad de temperamento y de modo de ser, por donde el hecho de que yo guste de ese color expresa algo de mi persona. Mas existe una razón infinitamente superior: si algo de mi persona se expresa porque yo miro esa piedra y me gusta, algo de la Persona que la creó se expresa por el mismo principio. Por lo tanto, Dios consideró esto bello y digno de expresarlo, y puso este objeto delante de mí para, si yo reflexiono un poco a su respecto, decirme esta verdad fundamental:

“Hijo mío, tú que ves y que te gusta esto por haber en eso una afinidad con tu personalidad, sabes que mi perfección infinita tiene también una expresión aquí, y que tú y Yo nos encontramos en la consideración de esa piedra. Es misterioso, pero es verdad. Viéndola y gustando de ella, tú de hecho notas algo que es un destello de Mí. Contéplala, un día tú me verás cara a cara.”

Si soy capaz de esa reflexión, yo digo: “¡Qué misterio! ¿Cuándo, Dios mío, llegará ese día en que, al final, podré veros cara a cara y descubrir el misterio que pusisteis detrás de esa piedra?”

Así, esa piedra no es un objeto para el cual miré de cualquier manera, calculé su precio, verifiqué si es adecuada para contener esponja con agua, y evalué apenas mercantilmente. Ella debe ser considerada inclusive mercantilmente, porque tiene su precio, pero no es esa la razón más alta para evaluar la piedra. En ella encontré una especie de ángulo de incidencia por donde el Creador y yo nos encontramos. Yo admiré y, al admirar, hice una reflexión que me elevó hasta Dios.

Meditar a partir de un acto de admiración

Eso que se da con una piedra, pasa evidentemente aún más en relación con un animal. Por ejemplo, un león rugiendo, magnífico, con aquella fuerza, aquella melena, aquel dominio, aquella capacidad de ataque, si quisiésemos mirarlo del punto de vista sobrenatural, se presta a consideraciones verdaderamente de primer orden. Estoy mirando el león, veo aquel furor magnífico y pregunto: “¿Pero al final de cuentas, contra quién es ese furor? ¿Contra mí? ¿El león aún ni me vio, y está allá lejos furioso con qué?”



Archivo Revista



Si me reporto a la cólera divina contra el pecado, veo cómo es lindo el furor de la majestad, del derecho, de la fuerza contra aquello que está errado, torcido, sucio, revoltoso, arrogante. ¿Un rugido del león no tiene alguna cosa de la belleza del rugido de la cólera de Dios por todos los espacios celestes? Y cuando yo veo tanto pecado, tanta impiedad, tanta tibieza pútrida y asquerosa que se esparce en torno mío, deseo una rectificación de eso y una punición, y me acuerdo del furor del león, comprendiendo por qué la escritura llama a Nuestro Señor Jesucristo “León de Judá” (cfr. Ap. 5. 5). El Redentor, aunque muerto, derrotado, cuando resucitó implantó la derrota de todo aquello que se puso contra Él. Fue el vencedor y sobre el mundo entero sus catedrales magníficas levantaron sus torres. Es verdaderamente el rugido del León de Judá.

Comprendo que Dios, al crear los leones, quiso, sobre todo, que nosotros, católicos, a la vista del león hiciésemos una meditación sobre la magnificencia de su cólera. Y nunca, aunque viésemos todos los leones del pasado, del presente y del futuro, veríamos algo tan magnífico, tan divinamente leonino como en el momento en que Dios, en el Juicio Final, se vuelva hacia los réprobos y los mande a todos al Infierno. Son palabras de rugidos que a los réprobos dejarán horrorizados y enfurecidos.

Creo que yo me desmayaría de encanto viendo el furor del León de Judá. “¡Al final Vos vengáis, al final afirmáis vuestra gloria! ¡Ah cómo os aplaudo, oh Dios, terrible perseguidor de vuestros adversarios! ¡Adoro vuestro derecho, vuestra cólera y vuestra fuerza!”

¿No es bueno, pensando en un león, elevar así mi espíritu? ¿No se hace de este modo, una buena meditación? Es un acto de admiración por donde admiré el león en todo cuanto quiso Dios simbolizar de sí en él. Pero después admiré en el león hechos de la Historia del pasado o predichos para el futuro sobre las relaciones de Dios con los hombres, para comprender toda la Historia de la humanidad y, atrás de ella,

Gabriel K.



Dios Nuestro Señor. Así hice una meditación a partir de un acto de admiración.

La admiración debe estar presente en todas las actitudes del alma

Yo podría hacer el mismo acto de admiración, por ejemplo, en relación a una paloma para ser comida. ¡Con qué suavidad e inocencia ella está en las manos de aquel que la mata! ¡Cómo ella es linda, pura en el momento en que va a ser muerta!

Me acuerdo de un sacerdote jesuita que, durante una clase, puso el siguiente problema: todo ser se alegra cuando realiza su fin. Ahora al crear la gallina, Dios tenía como una de sus finalidades que ella sirviese de alimento al hombre. Por lo tanto, trasponiendo el ejemplo para la paloma, si esta pudiese entender que va a ser muerta en holocausto a un hombre, ella se alegraría por cumplir con su finalidad. Entonces, debemos imaginar la frustración de la paloma vieja que muere sin haber sido devorada, porque ella no realizó su finalidad natural; o, por el contrario ¿el instinto de conservación, que hace que el ser sien-

ta pavor de su propia destrucción, la llevaría a no querer ser destruida?

Dijo el sacerdote que tanto una hipótesis cuanto la otra son admisibles, pues ambas parten de un presupuesto absurdo, esto es, que un ente irracional piense. En efecto, de sí, repugna a la inteligencia la idea de un ser racional hecho para el holocausto a otro ser creado.

A mi ver, el sacerdote respondió muy bien. Pero me gustaría pensar cómo resolvería la cosa si el animal fuese inmolado. Alegando en favor de la alegría de dejarse inmolado, el sacerdote imaginaba al animal mirando a un hombre y pensando: “¡Cómo ese hombre es superior a mí, y me alegro en saber que dentro de poco mi carne va a ser su carne! ¡Qué honra y promoción para mí, ser devorado por él! Oh momento como que de éxtasis la hora en que yo sienta que mi vida se exhala, pero sabien-

do que, de algún modo, voy a ser humanizado y promovido.”

El raciocinio del sacerdote me parecía evidentemente claudicante, y él lo presentaba como tal, pues era un buen profesor y sabía bien lo que decía. Pero tenía un lado bonito que presento aquí para que comprendamos la belleza de la paloma que se inmola, representando algo infinitamente más alto que eso: Nuestro Señor Jesucristo, víctima que se dejó inmolar por nosotros, el Cordero de Dios que lavó los pecados del mundo entero con su preciosísima sangre. ¡Cómo es bonito, estando junto a un tabernáculo y viendo pintado un cordero inmolido, que pensemos que allí está el Cordero de Dios realmente presente! ¡Qué cosa magnífica es admirar el cordero para adorar al Cordero de Dios, Nuestro Señor!

Por ahí percibimos cómo en absolutamente todo debe estar presente la admiración, en todas las actitudes del alma humana y de un modo preponderante. Esa admiración así presente, debe ser considerada por nosotros no apenas con relación a seres inferiores a nosotros – por lo tanto, un animal, una planta, una piedra – , sino, sobre todo en relación a los seres iguales y superiores a nosotros. ❖

(Continúa en el próximo número)

(Extraído de conferencia del 11/2/1977)

1) Cfr. Revista *Dr. Plinio* n°. 255, p. 31.



Agnaldo D.

Daniel A.



Teodoro Reis

Imagen Peregrina de Nuestra Señora de Fátima

Una mirada que puede salvarnos

Nuestra Señora tiene ojos de misericordia, y una simple mirada suya puede salvarnos. Su dulzura es invariable, su auxilio ilimitado, lista para atendernos a cualquier momento, sobre todo en las dificultades de nuestra vida espiritual.

En primer lugar, la crisis que se podría llamar clásica, cuando la persona se siente tentada y, por lo tanto, insegura entre el bien y el mal, con la posibilidad de ser lanzada en el precipicio del pecado de un momento a otro. Es evidente que María Santísima es nuestro auxilio, en la plenitud del término, en esas circunstancias.

Sin embargo, la solicitud de la Madre de Misericordia se vuelve también para aquel que, habiendo sucumbido bajo el peso de la tentación, se encuentra en un apuro espiritual mucho más grave. En esa circunstancia, es justamente el hecho de haber caído en pecado que se alega delante de Nuestra Señora como razón para obtener su socorro. Es el desamparado que encuentra en su infortunio el motivo por el cual debe implorar la misericordia de María. Está en la misión de la Santísima Virgen, el movimiento profundo de su Corazón materno es reconciliar a los pecadores con Dios. Porque la madre tiene bondades, ternuras, indulgencias y paciencias que otros no poseen. Ella pide, entonces, a su Divino Hijo por nosotros, y nos obtiene una serie de gracias, un número incontable de perdones que jamás alcanzaríamos sin su intercesión.

(Extraído de conferencia del 24/5/1965)